

bar[”]jillo

En Rosario, el ruido de la cultura

NÚMERO 3

Agosto-Septiembre 2019

ROSARIO \$200



PABLO JAVKIN, INTENDENTE ELECTO DE ROSARIO, CREE QUE LA CULTURA OFICIAL DEBE ACOMPAÑAR PROYECTOS EMERGENTES Y DIFERENTES, PARA QUE SE MULTIPLIQUEN. Y DUDA DE LA EFECTIVIDAD POLÍTICA DE LOS ESPECTÁCULOS MASIVOS

El estado de la cultura

ENTREVISTA: LEILA GUERRIERO. FOTOS: BERNI EN EL QUILOMBO. CRÓNICAS: CARLITO. LAS LIBRERÍAS DE VIEJO. TURISTA EN MI CIUDAD. ESCRIBEN: MARCELO SCALONA, ALICIA SIMEONI

PERDÓN

TE QUIERO

MUY BIEN

BUEN DÍA

GRACIAS

SALUD!

SUERTE

POR FAVOR

HAY PALABRAS QUE TRANSFORMAN.



**CÁMARA DE DIPUTADOS
DE LA PROVINCIA
DE SANTA FE**

El diálogo transforma.

Antonio Bonfatti
Presidente

Directores

Horacio Vargas
Sebastián Riestra
Perico Pérez

Colaboran en este número

Edgardo Pérez Castillo
Alejandra Rey
Javier Núñez
Marcelo Scalona
Mauro Aguilar
Miguel Roig
Alberto Giordano
Rubén Echagüe
Alicia Simeoni
Jorge Salum
Leonel Giacometto
Daniel Nardone
Lucía Rubiolo
Pablo José Rey

Fotografía

Sebastián Vargas

Foto de tapa

Héctor Río

Diagramación

Fabiana Colovini

Página web

Agustín V. Hoffmann

Revista Barullo

Sarmiento 825, Rosario
www.barullo.com.ar
barullorevista@gmail.com
suscripciones@barullo.com.ar

ISSN 2618-5288

Todos los derechos reservados.
Prohibida su reproducción total o parcial.
Registro de la propiedad intelectual
en trámite
BARULLO no comparte
necesariamente las notas y
opiniones publicadas en este
número

Distribuye

Homo Sapiens Ediciones

Impresión

UNR Editora
Urquiza 2050, Rosario
480-2687
info-editora@unr.edu.ar

**Barullo integra la Asociación de
Revistas Culturales Independientes
de Argentina (AReCIA)**



A modo de editorial

“El barullo de la «ortografía yeyé».

“La nueva ortografía que «cocinan» las 22 academias hispanas ha provocado más recelo que entusiasmo. Medidas como el «entierro» de la i griega y la «entronización» de la ye han bautizado como «ortografía yeyé» antes de nacer a una norma recibida con cierto desdén, cuando no indignación. El anuncio del cambio normativo originó un notable barullo que ha llevado al director de la Real Academia Española (RAE), Víctor García de la Concha, a moderar el entusiasmo inicial”. (Diario Vasco, noviembre de 2010).

“Cuando le compré el terreno a la vieja, qué barullo que hacían todos. El trompa era el único que se quedaba tranquilo. «Hacés bien, pibe», decía, y dale al tabaco”. (Julio Cortázar, fragmento del cuento *Torito*).

“Ajeno al barullo literario, Ishiguro es un escritor que se toma su tiempo para escribir, que cambia de registro con cada nueva obra”. (Jorge Herralde, fundador de Anagrama y editor en español de Kazuo Ishiguro, diario *La Nación*, 2017).

“Pero dentro del barullo aún cobraron mayor nitidez las voces y los ruidos que tenían al escritor como blanco”. (Peter Handke, fragmento de *La tarde de un escritor*).

SUMARIO



**08. EL CARLITO, SIN S,
POR FAVOR.** Historia del sándwich que nos identifica a los rosarinos. Un invento genial de Rubén Ramírez, nuestro Albert Einstein gastronómico.



**11. ANTONIO BERNI EN
PICHINCHA** como fotógrafo en tiempos de prostibulos. Un registro íntimo e histórico.

15. LEILA GUERRIERO es una de las mejores cronistas de Latinoamérica. Sus perfiles de personajes son extraordinarios. Entrevista exclusiva para **Barullo**.

19. Nuestro cronista se interna en el nuevo acuario de la ciudad en el marco del programa municipal **"TURISTA EN MI CIUDAD"**.

22. A pocos meses de asumir como nuevo intendente de Rosario, **PABLO JAVKIN** concedió un extenso reportaje a **Barullo** donde habla de política y cultura. "Creo mucho que la política es imaginación, y la imaginación se conquista leyendo", reafirma.

31. Un retrato sorprendente de **RAFAEL BIELSA**, escritor, poeta, músico, político y abogado.

34. Orígenes y recorridos de algunas **LIBRERÍAS DE VIEJO** de la ciudad que son como organismos vivos que crecen y a veces mutan.



**ESCRIBEN ADEMÁS
ALICIA SIMEONI,
MIGUEL ROIG, ALBERTO
GIORDANO, DANIEL NARDONE,
RUBÉN ECHAGÜE Y
LEONEL GIACOMETTO.**



LOS EDITORES



HORACIO VARGAS

Periodista, escritor y productor discográfico. He cumplido con las tres cosas que cada persona debería hacer durante su vida: plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro. Planté un árbol (en la casa de mi suegra), tuve dos hijos (que continúan el camino; y la Betty de siempre), escribí seis libros, edité 100 discos de jazz (con BlueArt Records), fundé con Pablo Feldman el diario Rosario/12 hace 29 años, y tengo un Grammy Latino en la biblioteca de mi departamento. A los 19 años decidí crear la revista Smog. Cuarenta años después, reicndí: fundé **Barullo**.



SEBASTIÁN RIESTRA

Escritor y periodista. Amo a mis dos hijas, de 24 y 3 años. Tengo muchos más libros y discos de los que podría leer y escuchar en varias vidas, y eso me hace feliz. También me hacen feliz la mujer que quiero, los amigos, el whisky, el ajedrez, el revés de Roger Federer y la fugazza con queso de la Santa María. Y **Barullo**, claro.



PERICO PÉREZ

Sí, tengo un apellido común y un nombre, José, que sólo existe en el DNI. Fui designado Lama de la Cultura de la Ocal, que vale tanto o más que un título nobiliario. Me representa una letra: la P, de pasión. Publiqué con Homo Sapiens más de mil libros y diez revistas. Me gusta organizar charlas, congresos, ferias del libro... Y todo lo que tenga relación con la cultura de Rosario. Por eso, a pesar de los tiempos que vivimos, apuesto a **Barullo**.

LOS QUE ESCRIBEN

EDGARDO PÉREZ CASTILLO. Periodista, guionista y trompetista criado en Rosario. Dedicé mi camino periodístico a la difusión de la cultura de esta ciudad durante 18 años como redactor y editor de Cultura en Rosario/12. Desde 2008 como productor y guionista en Señal Santa Fe. Y ahora, también, haciendo **Barullo**.

ALEJANDRA REY. Nada más mezquino que hablar sobre uno mismo, especialmente cuando no hay mucho para decir: muchas veces divorciada, pocas bien amada, orgullosa de mi hija Lola, periodista y de Corral de Bustos. A los 58 años tengo pocas cosas pendientes, excepto conocer Islandia y pegarle una buena puteada a Trump y a toda la derecha que está gobernando el mundo. Cada día que pasa me siento más anarquista y solo en la lectura encuentro placer, casi tanto como en una copa de vino tinto y un Parisiennes. Y en los amigos, claro. Ah, en los últimos años trabajé en Página/12 y en La Nación. Y ahora escribo aquí y allá solo lo que me gusta.

MARCELO SCALONA. Escritor, poeta, periodista, editor y profesor de escritura creativa. Ha publicado las novelas *El camino del otoño*, *Enrarecido*, *El portador* y *El hotel donde soñaba Perú*; los libros de cuentos *El atillo de mis oficios* y *Compostura de muñecas* y los poemarios *Mapa* y *El mar*. Colabora habitualmente en los diarios Rosario/12 y La Capital.

JAVIER NÚÑEZ. Escritor y coordinador de talleres literarios. Soy hincha de Newell's y padre de tres hijos. Lector compulsivo de libros e historietas, crecí tratando de contar sus propias historias. Con *La doble ausencia* gané en México el premio Sergio Galindo a primera novela. Mi último libro es *La feroz belleza del mundo*. Tengo algunas cuentas pendientes, viajes que ya no podré hacer y sueños a los que no renuncié. No creo mucho en Dios ni Dios cree mucho en mí, y así quedamos a mano.

RUBÉN ECHAGÜE. Nací en Rosario, como podría haberlo hecho en Corinto o en Alejandría. Para los artistas plásticos soy poeta y para los poetas artista plástico, condición anfibia que me desespera. Dirigí el Museo Castagnino y más tarde, en la Biblioteca Argentina, fui un ratón de biblioteca feliz. Amo a Wislawa Szymborsca por lo sana y al Conde de Lautréamont por lo enfermo. Y en cuanto a los mitos del

mundo contemporáneo, me son ajenos e inabordables: no tengo celular, y la vez que opiné sobre la estética de un tatuaje, resultó ser una várice.

ALBERTO GIORDANO. Soy crítico y ensayista; "un profesor que escribe", para ser más precisos. Publiqué libros de ensayos y dos volúmenes de un diario que llevo en Facebook.

ALICIA SIMEONI. El periodismo es lo que elegí para mi vida profesional y desde allí soy sindicalista-feminista. En esta etapa de mi vida me preocupa, en especial, todo lo que se pueda hacer por la defensa de los derechos de los trabajadores de prensa y por un mejor periodismo. "Ningún dolor humano me es ajeno" (Che Guevara). Periodista de Rosario/12, secretaria adjunta del Sindicato de Prensa Rosario, docente en la licenciatura en Comunicación Social de la UNR

MAURO AGUILAR. Soy periodista, toco el piano en una banda de rock y hago stand up, pero sólo me destaco con una costumbre en peligro de extinción: el asado.

MIGUEL ROIG. Escritor y periodista rosarino que reside en Madrid. Es coeditor de la Revista Socialista y socio fundador de Mongolia, revista satírica mensual española. Escribe una columna en el diario.es y en Perfil. Sus últimos libros son *El marketing existencial* (Península, 2014) y *Conversaciones con Alberto Garzón* (Turpial, 2016)

JORGE SALUM. Periodista. Trabajé en la revista Risario y en Rosario/12. Soy prosecretario de redacción de La Capital, además de escribir en otros medios rosarinos y de otras ciudades. Soy un ciclista aficionado y un cicloturista incipiente. Como David Byrne, donde voy trato de andar en bicicleta.

LEONEL GIACOMETTO. Nací y vivo en Rosario hace 42 años. Escribo, fundamentalmente, teatro, narrativa y algo de periodismo cultural. Dirigi teatro de vez en cuando. Mi último libro: *La mala fe y otras obras* (Baltasara editora). En 2018 gané un Premio ACE como mejor autor argentino por Monte Chingolo.

DANIEL NARDONE. 66, gastronómico por necesidad, ex Politécnico, militante desde los 16, frustrado de los que viven de la política, apasionado de la política y las letras en papel, sin Facebook ni otras redes, primer director de Turismo de Rosario.

El río encerrado

Por Daniel Nardone

“Dicen que Vanzo lo contó una noche: García Lorca, que venía del Guadalquivir, que significa río grande en árabe, y que muy poco estaría enterado de nuestra geografía, miró con asombro el caudaloso Paraná y exclamó: «¿Tenéis un río?» De inmediato, viendo la verja que impedía a la gente aproximarse a él, preguntó: «¿Por qué lo habéis encerrado?»”.

Así sintetizó el gran poeta la imagen que los rosarinos habían asumido como natural. Los habitantes de la ribera central, la zona más residencial de Rosario -sede de los poderes, el correo y la catedral, y la más densamente poblada-, casi no podían ver el río. La ley de derechos diferenciales y el fin de la aduana única de Buenos Aires, después del triunfo de Urquiza en la batalla de Caseros, habían transformado la ribera. De un arrabal de pescadores con carretas y veleros de un escaso comercio fue mutando a una de las zonas portuarias más importantes del mundo. Ya desde 1903, con el puerto nuevo, un paredón bajo y una reja se extendía desde calle San Martín hasta más allá de 27 de Febrero, mientras que en la ribera alta, hacia el norte, desde la estación Rosario Central un alto paredón llegaba hasta el túnel Celedonio Escalada.

Paradójicamente la construcción del ferrocarril fue el origen del encie-

rrero que vio García Lorca, y su nefasta destrucción en los años noventa fue el comienzo del fin de aquel río encerrado. Los estudios y contratos privados de los ferrocarriles se habían iniciado en 1854. Incluían una parte portuaria que fue de 1.600 metros de vías que descendían por la barranca desde calle Dorrego. En la estación Embarcadero (hoy Bajada España) las vías subían a muelles de madera sobre el río; el paisaje lo constituían también barcos, vías y galpones sobre la barranca o depósitos dentro de ella, como los almacenes Pinasco (hoy Centro Cultural Parque de España).

Con el puerto nuevo estas instalaciones progresivamente dejaron de utilizarse y se transformaron en lugares de pesca y descanso de trabajadores de las empresas de servicios -generalmente inglesas- que podían acceder a ese espacio. Ese fue el origen de los clubes actuales que permanecieron en terrenos ferroviarios, manteniendo una “exclusividad” para una bohemia ribereña que los disfrutaba con cierto hermetismo.

Por calle España el largo muro tenía un portón con una pequeña puerta. A unos cientos de metros estaba el club Bajada España, colgado literalmente en la barranca. Sin paredones, en un paisaje aún agreste y surcado de vías inútiles, en 1999 comenzó la

historia del restaurante Bajada España, hoy instalado en la gastronomía local. Los pescados de río con la boga como estrella y una simple cocina casera atraen a vecinos y visitantes. Pero eso no es todo. Los dueños de Bajada España crecieron ligados al río por los extremos -uno por el sur desde el Saladillo, el otro por el norte desde el Centro Castilla y la bajada Escauriza-, son protagonistas de historias rosarinas y quizás porque la verdadera patria de un hombre es su niñez, como dice el capitán Alatraste, a ellos les gusta contar las historias de su patria. Quienes se acerquen escucharán un relato artesanal: postales enviadas a lejanos paisanos, fotos y materiales de aquella monumental obra ferroportuaria, un pequeño museo junto a mensajes de cientos de visitantes de todo el mundo.

El lugar es la contracara de una ciudad muda que se puede recorrer admirando sus hitos sin conocer su significado ni su historia. Rosario poco cuenta de su pasado como centro de la Confederación, de su fenomenal crecimiento inmigratorio y su desarrollo. Autónoma de hecho, sin ser capital de provincia o de país, merece reescribir su historia, porque como dice el vecino Litto Nebbia, “si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia”. ●

En Rosario encontrá tus libros en



UNR EDITORA

Puntos de Venta



Librería Universitaria
Maipú 1065 PB

Stand UNR Editora
Córdoba y Corrientes

UNR Editora
Urquiza 2050 PB



UNR Secretaría de
Extensión Universitaria



Este año se organizó un concurso para consagrar al bar que elaborara el mejor Carlito.

EL SÁNDWICH ES PARTE DEL ADN DE LA CIUDAD

Historia de(l) Carlito

“Sin S. Porque los rosarinos nos comemos la S”, explica Rubén Ramírez, el creador del producto que es a Rosario lo que el hot dog a Nueva York. Sin exageraciones.

Por **Mauro Aguilar**

La primera bandera argentina se confeccionó en Rosario. María Catalina Echeverría de Vidal, una vecina de la Villa, metió aguja e hilo durante cinco días para calmar la ansiedad de Manuel Belgrano, allá por febrero de 1812. “¡Estos patriotas que lo quieren

todo ya!”, habrá mascullado para no importunar al ejército del General que ya venía bastante alterado por otras cuestiones. A Lionel Messi y a Ernesto Guevara también los hicieron acá, aunque el día exacto y las circunstancias quizás sean datos que ni sus pa-

dres recuerden. Inodoro Pereyra y las camillas automáticas son inventos locales, lo mismo que el “rosarigasino” o el Amargo Obrero. Perfecto. Tenemos una bandera, un líder revolucionario, un jugador, un idioma propio, un implemento médico, un personaje, una

bebida... Está genial, pero acá falta algo más. ¡Ya lo tengo! ¡Una comida! Listo, que aparezca en escena Rubén Ramírez, nuestro Albert Einstein gastronómico.

La escena transcurre durante una tarde de 1953. Ramírez está aburrido en la chopería familiar, la mítica Cachito de Pellegrini y Maipú. Empieza a jugar: jamón, queso, pan de sándwich y manteca. Ahí surge un rapto de lucidez. Una genialidad. Ese segundo que a uno, sólo a uno, lo convierte en “el elegido”. “¿Y si le agrego ketchup?”, se desafía. El aderezo es un pasaje —no tan directo, es cierto— a los manuales de historia de la cocina local. Primero lo prueba él. Después sus amigos. Un cliente, dos, cien. La idea empieza a correr. No hacen falta ni Facebook ni Twitter. Nada de selfies. El nuevo producto se promociona “de boca en boca”. Nunca mejor dicho.

En ese momento nadie sabe que lo espera la posteridad, pero igual hay que bautizar al nuevo producto. Ramírez piensa en su futuro hijo, que llegará seis años más tarde, y le pone “Carlito”. Así, sin S. El pequeño sí tendrá esa letra en el nombre, aunque ahora no importe tanto: todos lo llaman Charly. La Fundación Instituto Internacional de la Lengua Española (Fundéu) sugiere que lleve la S. Su creador clausura esa disputa con una explicación extraída de otro manual: el de la calle. “Sin S. Porque los rosarinos nos comemos la S”, explica Ramírez a **Barullo** antes de lanzar una carcajada.

El hombre es prolijo y enérgico. Desmiente sus 83 años. No le interesa hablar demasiado de su creación. La única carlitera que conservaba la regaló. En su casa los hace, como puede, sólo de vez en cuando. Se entusiasma más con el fútbol y el asado, su comida preferida. La placa que le entregó el

municipio por su legado la tiene guardada en un cajón. Para encontrarla debe consultar a su esposa. “Nunca le di mucha bolilla a esto, si no lo hubiera patentado. Flor de negocio hubiera sido, ¿no?”. Lo dice y, otra vez, sonríe.

El sándwich es parte del ADN rosarino. Héctor *Pichi* De Benedictis concluye que es a Rosario “lo que el hot dog es a Nueva York”. En Capital Federal, en Córdoba o en Salta no se consigue, como los botines del Ratón Ayala en Europa. Para saborearlo hay que venir a la ciudad del Negro Fontanarrosa y del Gato Barbieri, la comarca de pasiones cruzadas por el fútbol.

El mito crece hasta que en 2013 se lanza, tras una propuesta de la Asociación Civil Paseo Pellegrini, la semana del “Carlito”. Al año siguiente, el 9 de octubre de 2014, la receta es declarada patrimonio cultural por el Concejo Municipal. La iniciativa la presenta el edil Carlos Comi, comensal de Cachito en su infancia. “Es algo que nos identifica”, explica sobre su propuesta.

El proyecto de ley distingue “el aporte de la gastronomía en la construcción de la fisonomía que hace a

la identificación de un pueblo, una ciudad o una región”. Destaca además que el sándwich “es un clásico tan rosarino como olvidarse de pronunciar la ese al pedirlo”. La ordenanza y los eventos movilizan la bola de nieve, que ya no se detiene. Se agranda, se expande, se enriquece.

Aparecen otros ingredientes. La revolución. El Mayo Francés en la cocina: pollo, puerro, barbacoa, roquefort, salchicha parrillera, cebolla caramelizada, lomo, pimientos, vino, panceta. Los conservadores ven al Carlito especial con desconfianza. Es como Astor Piazzolla para los tangueros: reconocerán su talento, pero insistirán en que “lo suyo”, los sonidos que cautivaron al mundo, no pueden considerarse parte de la típica música ciudadana.

Ramírez es justamente de los que creen que el Carlito con aderezos y nuevos sabores es otra cosa, no el santogrial que descubrió en las entrañas de su chopería. “Ahora le ponen de todo. El otro día pedí uno de pollo y era horrible”, se queja.

La invención original, junto a sus posteriores variantes, se convierte en



Rubén Ramírez, creador del Carlito, junto a la intendenta Fein el día que se declaró patrimonio cultural a su receta.

MUNICIPALIDAD



La fórmula: jamón, queso, pan de sándwich, manteca... y ketchup.

el producto más rentable de la gastronomía local: genera entre un 400 y un 500 por ciento de ganancia, dependiendo de la generosidad con que se lo elabore. En un local de 100 cubiertos se venden unos 500 al mes. Alejandro Pastore, presidente del Paseo Pellegrini, hace cálculos en el aire y se entusiasma.

“Si a un Carlito le ponés 120 gramos de queso y 60 de jamón, un bar que vende 500 por mes tiene que comprar 60 kilos de queso y 30 de jamón. Multiplicá eso por los 1.200 bares que hay en Rosario y te vas a dar una idea de lo que implica económicamente. ¡Son 72 mil kilos de queso y 36 mil de jamón! Es el producto insignia y la estrella por su rentabilidad”, concluye Pastore.

Con la mano de Dios. Como parte de la Semana Gastronómica este año se organizó un concurso para consagrar al bar que elaborara el mejor Carlito. Se anotaron once comercios y compitieron preparando los tradicio-

nales o clásicos y los especiales o “fuera de serie”.

El público observa la competencia y los fotógrafos ametrallan a los cocineros. Hay un jurado. La ceremonia recuerda el momento en que un partido se define por penales. Todos visten uniforme —delantal, remera y gorras azules y blancas— y se pasean por el Mercado del Patio con ese gesto del que sabe que un movimiento en falso puede estropearlo todo: hay rostros tensos, músculos rígidos, manos temblorosas.

En la categoría de los especiales el mejor penal lo ejecuta José Roberto Lavoy, un flaco huesudo, fibroso, que hace 28 años trabaja en la cocina del bar Augustus. Al tipo no le gustan los firuletes. Habla poco y pateea fuerte y al medio para asegurar el gol: pan, queso, mayonesa, un toque de ketchup, pimienta, sal y el lomo, “que tiene que estar a punto”.

En la categoría del tradicional hay triple empate: Gorostarzu, Picado

Fino y Mendieta celebran la victoria. Jorge Sauan, 37 años, diecisiete como propietario de Gorostarzu, explica que el mayor secreto está en la calidad de los insumos. “Con un buen pan y buen queso tenés el 70 por ciento del camino recorrido”, resume.

Los gastronómicos sacan sus tablas de piedra y repasan los mandamientos para que el Carlito sea un clásico de los bares.

No se puede replicar en casa.

Es la porción exacta. No comés de más ni de menos.

La combinación de pan, queso y jamón logra un sabor irresistible.

Atraviesa todos los horarios: se puede pedir para el desayuno o el almuerzo; para la merienda o la cena.

Mientras juega Del Potro en un televisor de pantalla plana, enorme como la pista central de Roland Garros, Ramírez se entusiasma con la receta. “Al pan no se le pone ketchup para que no se humedezca. Es pan, manteca, queso, jamón, ketchup, otra tapa de queso y otra vez el pan con manteca”. Lo explica y va golpeando las manos, como si entre las palmas fuera intercalando los productos. No es el único secreto que entregará. Revela un detalle que pudo cambiar el curso de la historia. Dice que el sándwich, nuestro hot dog, debió llamarse “Cachito”, el nombre de la chopería donde nació y el apodo con el que lo llamaban a él cuando era pequeño. Pero no. Quedó Carlito. Y ya está, así hay que pedirlo aunque los porteños o los tucumanos te miren con extrañeza.

Ramírez, como Belgrano, jamás patentó su invento. La historia, sin embargo, oficiará para siempre como una escribanía: puede dar fe de lo que hizo. Ni Dios ni la gastronomía ni la patria se lo demandarán. ●

FOTOS DE ANTONIO BERNI SOBRE LA ROSARIO
PROSTITIBULARIA DE LA DÉCADA DEL 30

Ramona Montiel en Pichincha

Por Horacio Vargas



ARCHIVO ANTONIO BERNI



En Rosario Antonio Berni era un joven y talentoso pintor. Pero decidió partir a Europa para trabajar y vivir del arte. Cuando volvió, en 1931, en la Argentina no existía un mercado de cuadros. No había cotización. “Un cuadro sólo daba para cuatro o cinco comidas, y sin mucho vino”, recordaba.

Volvió a la ciudad natal en medio de la crisis de la Década Infame junto a su esposa, su pequeña hija Lili y una amiga francesa, una pintora llamada Paule Cazenave.

Un amigo, Rodolfo Puiggrós, colaboraba en Rosario Gráfico. Le contó que estaba preparando un artículo centrado en los burdeles de la ciudad del puerto.

Puiggrós era por entonces militante comunista. Luego fue un destacado historiador del peronismo. Rosario fue la primera en reglamentar la prostitución. El sistema reglamentarista (1872-1932) se centraba en la profilaxis social y en políticas de control de la sexualidad.

—Necesito un fotógrafo —le confesó.

Y entonces Berni recordó que cuando bajó del barco traía en su maleta una cámara fotográfica marca Leica.

—El trabajo es tuyo.

Recuerda Berni: “Los mejores quilombos de Rosario estaban en la calle Pichincha; había de dos pesos, de tres pesos y de cinco pesos. Lo habitual era que fueran grandes patios techados con vidrio, de modo que, de día, eran muy luminosos. El patio era como un gran bar o un café, con sus mesas y sillas; uno se sentaba ahí

FOTOS: ARCHIVO ANTONIO BERNI



y enseguida venían las mujeres a proponer ir a la habitación; venían muy ligeramente vestidas, porque no podían estar desnudas: el reglamento no lo permitía”.

Ponía la máquina sobre la mesa del lupanar y con el mayor disimulo o usando incluso cualquier treta —acomodando la cámara entre el saco, tapándola con un sombrero— sacaba las fotos. El encuadre era lo de menos, había que disparar el obturador sin que nadie se diera cuenta, ni las prostitutas judeopolacas ni los parroquianos. Berni era el fotógrafo clandestino que retrataba y visibilizaba con su aparato de la modernidad, desde el margen.

Sólo tres fotos se publicaron en Rosario Gráfico el 11 de febrero de 1932, con la firma de Facundo, el seudónimo que usaba Puiggrós. El título impreso dice: “En la atmosfera infecta del burdel extingue su voluntad la juventud. Las ferias del placer y las hijas del pueblo”. Las fotos tienen un clima en común. Las pupilas —como se las llamaba a esas mujeres de cuerpos cansados— y los clientes están bajo un patio soleado de verano. Conversan. Fuman. Están sentados/as en sillas de madera,



alrededor de pequeñas mesas. Uno de los que espera su turno viste saco y mira al extraño señor que está contemplando la escena a pocos metros.

Para Berni las fotos eran apuntes que luego trasladaba al lápiz y el papel. En la década del 60 expone una muestra de dibujos sobre el mundo pobre de una obrera y prostituta de la gran ciudad llamada Ramona Montiel, la desnudez de la bataclana, flor de lujo y ca-

baret, treinta años después de su paso y su mirada del Rosario prostibulario.

En 2018 se realizó en el Museo de la Cárcova de la ciudad de Buenos Aires una exposición que se llamó “Berni. Ramona y otras mujeres”. En la muestra pudieron verse otros registros tomados por Berni originalmente para el diario.

En el catálogo se reproducen tres fotos: una mujer mira a la cámara oculta, está sentada con expresión de agobio, descalza, viste una enagua de tela blanca, se lleva la mano a la boca, como si quisiera morder con sus labios los dedos de su mano derecha; el mismo

muchacho retratado en la página del diario, con varias chicas a su alrededor, es captado en el momento en que simula estar pensativo, se toca la nariz con la mano izquierda, extiende los pies hasta apoyarlos en las baldosas del patio; de fondo un cliente con las piernas cruzadas contempla la escena de su amigo, quien le susurra algo al oído a la chica que está sentada en su regazo; en primer plano se recorta otro cuerpo, ella espera sentada, con las piernas abiertas y las manos entrelazadas, la enagua subida hasta las rodillas y las piernas flacas.

Las copias en exhibición, muchas de las cuales debieron ser restauradas, tienen un tamaño de 50 x 40 centímetros. Todas tienen un único epígrafe: “Burdeles de la calle Pichincha”. Aunque no se detalla el nombre de los prostíbulos, uno de ellos podría haber sido El Levante. Un cartel con ese nombre sobresale en una de las tomas de Berni en plena calle. Otras fuentes aseguran que son fotos sacadas en el Petit Trianon, una casa de tolerancia de menor categoría que El Paraíso (también conocido como Madame Safo).

Es sorprendente que esta muestra, cuyas imágenes que se reproducen en estas páginas no fueron publicadas hasta ahora en otros medios gráficos, aún no se haya montado en Rosario. ♡

Fuentes consultadas: Cecilia Rabossi, “Ramona y otras mujeres”, catálogo del Museo de la Cárcova. Revista La Maga. Museo Marc. Rosario en el Recuerdo.

FOTOS: ARCHIVO ANTONIO BERNI



LEILA GUERRIERO

“El lugar de la militancia es la obediencia y el del periodismo, la duda: son incompatibles”

Es una de las grandes cronistas de la lengua española. Lectora y viajera incesante, deja en claro su amor sin fronteras por el oficio periodístico, pero al mismo tiempo le dice a **Barullo**: “Si a mí me largás en un diario a escribir noticias, lo fundo en dos días”

Por Alejandra Rey

Foto: Pablo José Rey



De momento, Leila está experimentando con el risotto. Bah, con los arroces en general. Suele agregarle camarones, hongos e ingredientes de su cosecha y Diego, su pareja desde hace 24 años, prueba y alienta. A ella leer, correr y cocinar, “en ese orden”, son las cosas que más le importan. Y escribir, claro, sin lo que se siente sola, abandonada, culpable, desdichada.

Ahora, por ejemplo, explora la filosofía, interés que resurgió en Colombia, cuando descubrió a Giorgio Agamben —“filósofo romano, muy difícil, al menos en *El fuego y el relato*, donde aborda, entre otros temas, el acto creativo”— y a Chul-han —“un coreano que, en *La sociedad del cansancio*, se vuelca al síndrome de burnout, de una sociedad en la cual todos llegamos a ser amos y esclavos”— y no puede parar de leer.

Nunca para de leer.

Leila ganó premios, es jurado de varios certámenes, escribe para El País, edita la revista Gatopardo de México, cura la colección Mirada Crónica de Tusquets pero, antes que nada, se asume como periodista.

Y lo dice.

Y le encanta.

“Cuando uno trabaja en esta profesión —explíca— cualquier cosa que te haga afilar la mirada sirve muchísimo. De momento, creo que el periodismo ha caído en una cosa inocente, cándida, porque la ma-

es la obediencia y el periodismo es la duda, y son incompatibles.

A los 52 años, esta bella mujer descendiente de alemanes, italianos y árabes, nacida y criada en Junín, sin hijos por elección y viajera constante —tiene una agenda de quince salidas de acá a fin de año—, cuenta que le gusta mucho la novela como género y que ahora nomás tiene en su mesa de luz *Apegos feroces*, de Vivian Gornick, *Tan poca vida*, de la coreana Hanya Yanagihara, y el libro de cuentos *Denuncia inmediata*, de Jeffrey Eugenides, “que me voló la cabeza”, aclara.

Leila trabajó muchos años en la revista La Nación y fue allí donde terminó de despuntar su vicio: la crónica, género bastardeado y que milagrosamente la academia sueca del Nobel reivindicó cuando en 2015 premió a la bielorrusa Svetlana Alexievich.

—Sos una referente de la crónica. Los escritores te admiran. ¿Estás cómoda con eso?

—No soy una referente de nada (se ríe). Creo que la crónica se ganó su propio lugar y hoy hablamos de la literatura de no ficción y de ficción. Me parece que muy pocos periodistas de mi generación para abajo piensan que hoy en día escribir una novela o un libro de cuentos es lo que te prestigia en términos de entrada al canon literario. Tengo colegas que escriben crónicas y no piensan en escribir ficción como una manera superadora en el ejercicio de la narrativa.

“Creo que la crónica se ganó su propio lugar y hoy hablamos de la literatura de no ficción y de ficción”.

yoría de los colegas lee los diarios y piensa que así va a obtener todas las herramientas para poder escribir. Para mí es un error y creo que incursionar en otras narrativas te hace tener miradas más afiladas. Hay laxitud en la profesión, ya no se buscan todas las fuentes, no se chequea todo como antes, no se anda la calle...

—...y ha crecido el periodismo militante, que antes era más solapado.

—Sí, es verdad. Para mí, el lugar de la militancia

Y es absurdo pensar que ambas entran en conflicto: para nada, se potencian en todo caso.

—Defínime crónica.

—La manera más ajustada que encuentro para definirla es que la crónica es un documental, pero escrito. Tienen las mismas técnicas y la misma necesidad de sostener tensión narrativa.

—¿Y por qué elegiste la crónica? ¿Cuál es la satisfacción de escribirla?

—La verdad es que yo no la elegí. Empecé a hacer esto en *Página/30* porque era lo que ahí se hacía, y porque había leído las crónicas de Martín Caparrós, de Rodrigo Fresán, y me encantaban. Como a mí me gustaba escribir, siempre tuve el regodeo de la escritura, de la prosa, del cuidado del lenguaje y tenía claro que era una escritora lenta, que necesitaba mucho tiempo para ver, para darse cuenta de lo que necesitaba contar. Y esto no era posible en el día a día, no podía hacer esas maravillosas cosas que hacen los colegas que trabajaban en la noticia, con la noticia. Para mí ése es un mundo que no conozco, del que no soy capaz, no sé hacerlo. Entonces me parece que empecé a escribir crónicas cuando esta palabra no existía, no se mencionaba como tal y como mi escuela fue *Página* y te daban tiempo, me malacostumbré desde el principio y ya no pude hacer otra cosa. Entonces, más que elegirlo, es como una suma de habilidades, cierto olfato narrativo y también de imposibilidades, porque si a mí me largás en un diario a escribir noticias, lo fundo en dos días.

—¿Quiénes son los seguidores/lectores de crónicas?

—Mirá, es un enigma... (piensa) aunque no tanto, porque en el contacto con los lectores, con la gente que se acerca a los talleres o las presentaciones, ves que se trata de personas muy diversas: abogados, psicólogos y muchos estudiantes de periodismo, es-

—si es que puede haber un modo no espantoso— y nadie se explicaba cómo, por qué. Guerrero viajó, fue hasta allí, a esa soledad que lo dominaba todo y escribió un libro increíble, *Los suicidas del fin del mundo*, que la hizo (más) famosa y ya no pudo evitar ni esquivar las miradas.

—¿Se levanta mucho escribiendo crónicas?

—Lo del levante nooooo, soy muy mala en eso, en el levante, siempre me han levantado a mí (risas). Pero sospecho que hay cierta sensualidad que se transmite en mis textos, en el acercamiento un poco desfachatado y salvaje que tengo yo con algunos temas, en esa falta de mojigatería, en que siento que soy bastante frontal con algunas cosas, siempre guardando cierta elegancia, por supuesto. Me imagino que algo pasa con eso, no sé bien qué es, nunca he recibido ninguna propuesta de tipo carnal a partir de algo que haya escrito, pero me hace pensar más bien un poco en lo que cree la gente que conoce de uno al leerlo y la idea que se hace el público sobre la persona que escribe, que a veces no tiene nada que ver con lo íntimo que uno es y otras veces sí. La desfachatez que hay en mis textos es muy yo, no es en absoluto impostada.

—Para muchos ya sos una escritora de culto, lo que dijiste va a gustarles a muchos de tus seguidores.

“No creo ser una escritora de culto ni nada de eso; pero sí, la vida cambia, cambia mucho cuando estás más expuesta”.

pecialmente de afuera. Yo creo que el lector de crónicas comparte el universo de los lectores musculosos, es decir, no se trata del tipo de lector que lee literatura más masiva, popular, digerible. Es del tipo que puede llegar a leer a Flaubert, por ponerte un ejemplo: son lectores más entrenados.

En 2005 Leila, una lectora entrenada, supo que en un pueblo petrolero del sur argentino, Las Heras (Santa Cruz), 22 jóvenes se habían suicidado entre 1997 y 2000. Lo habían hecho de manera espantosa

—No creo ser una escritora de culto ni nada de eso; pero sí, la vida cambia, cambia mucho cuando estás más expuesta. Cambia en volumen de trabajo y de viajes. Ahora viajo muchas veces al año y eso conspira contra el proceso del trabajo y ni qué hablar con el de una vida que no esté todo el tiempo recortada entre viaje y viaje. Pasé de ser alguien que escribía a editar. Y lo empecé a hacer con mucho miedo porque lo primero que hice fue para la revista *Gatopardo* y después un libro tremendo, enorme y maravilloso que se llama *Los malditos*

“Sospecho que hay cierta sensualidad que se transmite en mis textos, en el acercamiento un poco desfachatado y salvaje que tengo yo con algunos temas”

(N. de la R: reúne diecisiete retratos de artistas de América latina contados por Alan Pauls, Mariana Enríquez, Alberto Fuguet, Juan José Becerra y Juan Gabriel Vásquez, entre otros y que habla de talentos e infiernos de autores como Alejandra Pizarnik, Gustavo Escanlar, César Moro, Ignacio Anzoátegui, Porfirio Barba Jacob o Jorge Barón Biza) y eran autores tremendos, estrellas todos y fue maravilloso, una especie de apertura a un mundo distinto, una nueva dimensión. Luego vino la faceta de la docencia, de ser maestra de crónicas. La edición y la enseñanza alimentaron la escritura y también le quitaron a la escritura. Te juro que hago malabarismos constantes para encontrar tiempo para salir a correr o ir al gimnasio, por ejemplo.

—¿Y el periodismo? Hay quienes dicen que, tal como lo conocimos nosotras cuando empezamos, ha muerto...

—No, yo creo que está en un momento de muchos cambios, que los medios grandes están en crisis, que no le encuentran la vuelta al tema de la publicidad, a la web y algunos cobran y otros no, y es muy caótico. El periodismo no se va a acabar nunca, en todo caso, lo que hay es una crisis de medios. Fijate que yo noto una gran avidez de la gente en tomar talleres, ahora mismo estoy dando clases en Flasco y tengo a 85 personas que se quedan hasta las nueve y media de la noche.

—¿En qué estás trabajando ahora?

—Acabo de editar un libro de Mauro Libertella sobre Mario Levrero, para Diego Portales, de Chile,

y otro de Mariana Enríquez. Y para Mirada Crónica de Tusquets, un libro de Fernando Krapp sobre la comunidad japonesa en la Argentina que va a ser un exitazo y otro de Emilio Fernández Cicco, que no tiene título, pero habla sobre el islam en el país. Emilio es un periodista muy border, trabajaba en una película porno para escribir sobre eso o era enterrador en la Chacarita, y de alguna forma, que él relata muy bien, llegó al islam y se hizo sufi. Te juro que es apasionante, hay ahí un mundo sumergido que no se puede creer. Y por último un libro de Matías Fernández Burzaco, un chico que tiene una enfermedad degenerativa y escribe con mucho humor negro, descarnado, que transforma todo en algo más doloroso.

—¿Qué te gustaría tener que no tenés?

—Más sabiduría para poder separar y de esa forma escribir, correr, cocinar... Porque por varias razones no puedo escribir todos los días y con eso, la paso mal, muy mal, no poder escribir es como una maldición. Como soy productiva, me cuesta mucho apagar el radar. Me cuesta parar y lo pago con que estoy acelerada, por ejemplo. Tengo cierta incapacidad de tener ratos de ocio sin culpa.

“El periodismo no se va a acabar nunca, en todo caso, lo que hay es una crisis de medios”.

—¿De cuál de todos tus ascendientes tenés más en común?

—De los alemanes, por mi abuela, alguien que fue más que importante en mi vida, yo veía en ella todo lo que quería ser, una mujer de avanzada, cuyo padre la cuidaba como una princesa y ella usaba pantalones, malla con voladitos. Mirá, estuvo en Berlín y volvió con otra cabeza y vivía en un pueblo muy chico. Ella me leía mucho todo el tiempo y me dejaba jugar con mis amigas en lo que llamaba “la pieza de los cachivaches”, que eran sus tapados de piel y miles de cosas. Ella era parca y me reconozco en eso, muy distante, como yo, y disciplinada. ♡

TURISTA EN MI CIUDAD

Como peces en el agua

Por **Jorge Salum**Fotos: **Sebastián Vargas**

La raya, el más temido de los seres que habitan las aguas del Paraná y uno de los principales atractivos para los alumnos de la escuela técnica de Empalme Graneros.

En el acuario del río Paraná hay que hablar sin levantar mucho la voz y la razón es que los peces se estresan.

—Nos estás jodiendo.

—No, es verdad. Los peces se estresan.

Se lo explica una joven guía llamada Sol a los alumnos de tres cursos de una escuela técnica de Empalme Graneros que acaban de llegar por primera vez en su vida a ese sitio, pese a que viven a no más de 25 o 30 cuadras.

Eduardo sonríe cuando escucha a Sol, un poco por incredulidad y otro poco porque no imagina a sus compañeros de 1°, 3° y 4° años de la escuela técnica cuidándose de no causar estrés a pacúes, viejas del agua y dorados. Y me-

nos que menos, a las palometas.

Eduardo se levantó a media mañana, como la mayoría de sus compañeros. Suele hacerlo más cerca del mediodía, pero hoy estaba ansioso. Es el día en que tres cursos de su escuela irán al acuario. En clases habían hablado sobre ese lugar, pero por más que lo intentara no podía imaginar cómo sería. ¿Una gran pecera donde están todas las especies del Paraná? Ni bien abrió los ojos esa mañana volvió a hacerse la pregunta.

—¿Todos los peces? ¿En un edificio?

Había llegado el día de comprobarlo.

La manzana de Génova al 6400 es un hervidero. La calle es la espina dorsal de Empalme Graneros, un barrio que cuando sale en los diarios siempre va acompañado de la palabra “populoso” y desde hace algunos años también “inseguro”. Colectivos de las empresas Movi y Cacique de distintas líneas van y vienen hacia el centro y hacia los confines de la ciudad. Los choferes esquivan perros sueltos, carros tirados por personas que revuelven en los contenedores, gente que atraviesa la calle, chicos que juegan, un señor que vende tortas asadas y tiene la parrilla sobre el asfalto y dos gallinas que escaparon de algún corral y picotean el suelo frente a un almacén.

A mitad de cuadra hay un colegio. Es la Escuela Técnica N° 660 Laureana Ferrari de Olazábal, una de las instituciones más (re)conocidas del barrio. El año pasado los alumnos fueron invitados a votar un proyecto que se solventaría con el Presupuesto Participativo Joven, un programa de la Municipalidad de Rosario. Propusieron algo novedoso. “Que nos lleven a conocer la ciudad”. El viaje al acua-

rio es la consumación de ese deseo colectivo.

“Hoy nos llevan a pasear”, dice una chica con flequillo, aros enormes y mirada inquieta cuando ve llegar al colectivo de La Merenguita. No recuerda bien adónde es que irán. “Es el no sé qué del río”, le dice a una compañera que usa unas zapatillas altísimas mientras ambas se abrazan a uno de los profesores que, como ellos, hoy serán turistas en su ciudad.

Así, Turista en mi Ciudad, se llama el programa municipal que se ocupará de convertir en realidad el deseo de los alumnos de Empalme Graneros. Pertenecer a la Secretaría de Turismo de la Municipalidad y funciona hace una década. Sólo en 2018 permitió que once mil rosarinos conocieran distintos lugares de Rosario. Hay más de cincuenta espacios urbanos que gracias a este programa son visitados y conocidos por integrantes de colectivos de rosarinos de los más diversos y de todas las edades.

Los chicos de la escuela técnica de Empalme Graneros no estarán solos en el viaje: además de los tres profesores de la Escuela 660 irán Norma, una guía profesional de la Secretaría de Turismo, y dos jóvenes que trabajan como coordinadores del programa Presupuesto Participativo.

“¿Acá nos traen? Paso siempre y no sabía qué había en este edificio, ¿cómo dijo el profe Luis que se llamaba? El acuario”, pregunta y se responde un chico, el único del grupo que se banca 14 grados en mangas cortas. Una de sus compañeras ve a un contingente de chicos de escuela primaria comiendo chizitos y se tiente: “Yo quiero”. Otro alumno se da vuelta hacia el lado contrario al acuario y dice, con una sonrisa cómplice y un fuerte sentido de pertenencia: “La cancha

del canalla, papá”.

Los guías del acuario los dividen en dos grupos y los desafían: tienen que identificarse con el nombre de algún pez.

—Nosotros somos Bagre —dice una chica rubia que parece de las más enteradas de qué va la visita.

—Nosotros, Dorado —retruca en el otro bando un flaco que lleva jeans rotos y escucha cumbia con los auriculares adheridos a los oídos. A lo largo del recorrido irán respondiendo preguntas de los guías, que prometen un premio para el grupo ganador. “¿Sabes qué significa delta?”. Hay tres opciones y gana el grupo Dorado. Primer punto para sus integrantes.

El día es gris y el río está creciendo. Eduardo, a quien le gusta dibujar, todavía no vio el puente Rosario-Victoria que asoma detrás de unos sauces llorones. Uno de los profesores, un militar retirado que difícilmente haya dado una orden de cuerpo a tierra en su vida, lo invita a asomarse. “Esta noche lo dibujás en tu casa”, lo azuza. Sus compañeros ya están en otra cosa: Matías, el otro guía, les está explicando que en esa laguna que tienen delante, entre el acuario y el río, hay todo lo que vive en el ecosistema del delta del Paraná arriba y debajo del agua.

—Mentira, no veo ninguna garza —dispara un chico regordete que parece mayor que sus compañeros.

Entran al edificio. Parece un aeropuerto o un museo del Primer Mundo. Hay afiches, mapas interactivos, un lugar donde crían pacúes y un laboratorio. Detrás del vidrio se ve a una mujer chequeando datos en una computadora. El guía explica que es una científica.

—¿Es de verdad? —pregunta un

alumno con físico de futbolista y cara de nene. Y añade, sin esperar respuesta:

—Como en las pelis.

—En las pelis casi todos los científicos son locos pero, como ven, ella es una persona como cualquier otra —dice Sol.

—¿Está investigando? —quiere saber una profesora que usa unas gafas enormes. La respuesta es que, claro, eso es lo que está haciendo la científica cuerda.

El grupo Bagre sube a la planta alta, el lugar donde están los peces, el corazón del acuario. Las reacciones son variadas. Quizás la más extraña es la de un chico que permaneció callado la mayor parte del tiempo.

—Es la primera vez que vengo, pero la verdad es que no me emociona. La profesora de los lentes que parecen parabrisas lo mira y le retruca:

—Ay Pedro, Pedro...

Explica Matías, el guía, que todos los peces que tienen bigotes son “parientes” de las vejás del agua. Alguien dice por lo bajo un chiste más o menos obvio (“son parientes de mi tío, también”) pero nadie se ríe. El grupo Bagre se dispersa. Algunos de sus integrantes se toman selfies delante de las peceras. Otros consultan las pantallas interactivas. Uno pregunta por qué a una variedad de peces que están viendo en ese momento le dicen “chanchita”, según se lee en la información que proporciona el acuario. Parece no entender mucho cuando le explican que, entre otras costumbres, las chanchitas son peces monógamos.

La visita termina. “No todos la aprovecharon, pero eso siempre pasa”, comenta Sol cuando los alum-



Se levantaron más temprano, estaban ansiosos, es el día en que irán a descubrir el acuario del río Paraná.

nos de la escuela técnica se alejan hacia la rambla para tomar fotos y merendar alfajores y turrone. Algunos abrazan a Luis, Luisito, uno de los profesores. “Es probable que muchos de ellos nunca hubiesen conocido este lugar si no veníamos hoy”, reflexiona Mónica, una de las coordinadoras del programa Turista en mi Ciudad.

El colectivo de La Merenguita vuelve hacia Empalme Graneros y los alumnos de la escuela técnica comentan algunas de las cosas que acaban de ver. “¿Vieron que había pescados que dormían?”. “Pescados no, peces”. “Bueno, peces”. “Las rayas posaban

para la foto, parecía que querían que viéramos el aguijón”. “Había un pescadito chiquito que parecía un palo”. “Qué guachas las palometas, tienen cara de buenas”. “Mojarras, no vi mojarras como las que pescamos siempre con mi tío”.

Hay ciudades infinitas dentro de la ciudad. Lugares, edificios históricos, paisajes, museos, mercados, calles, galpones, parques, ramblas y un río majestuoso. Hay también personas dispuestas a descubrirlos de una manera distinta, con otra mirada. Como si fueran un turista, sólo que en su propia ciudad. Sólo hay que proponérselo. ●



PABLO JAVKIN, INTENDENTE ELECTO DE ROSARIO

“El acceso a la cultura también depende de la diversidad”

“La política es imaginación, y la imaginación se conquista leyendo”, dice Javkin en una extensa entrevista a *Barullo*. Recorre la línea de tiempo (los padres, los libros, la militancia en el radicalismo, el día que le dijo a Alfonsín que dejaba Buenos Aires para volver a la ciudad aunque algunos insistían con que él era su sucesor). Es el político que promete dar pelea cultural contra la idea de que “el culpable es el otro”. Y es también el electo jefe del municipio que piensa que la cultura pública es mejor si permite que broten expresiones emergentes y disímiles



Por **Edgardo Pérez Castillo**

Fotos: **Héctor Río**

Raúl Alfonsín en un acto de campaña en plaza Montenegro, previo a las elecciones de 1983. Los primeros comicios electorales en el Superior de Comercio, a mediados de los 80. Los almuerzos familiares, ineludibles, de cada sábado en casa de Marcos, su abuelo comunista. Una carrera en silla de ruedas por la pendiente de calle Tucumán sólo por aceptar el desafío de su amigo Fabricio Simeoni. Los nacimientos de su hijo e hija. En cada imagen Rosario aparece como escenario principal en la vida de Pablo Javkin, el intendente electo que supo ser el joven maravilla del radicalismo argentino y niño mimado de Raúl Alfonsín; el amante de la literatura de Roberto Bolaño que hace más de una década se lanzó a recorrer México siguiendo los pasos del autor chileno; el lector voraz que sabe de letras pero esquiva las publicaciones; el abogado que desandó la profesión en aquellos (pocos) años en los que no ejerció cargos políticos. El hombre que entiende la pluralidad como una clave para gobernar en los tiempos que corren. El que conoce de triunfos, pero dice haber aprendido de las derrotas. El político que buscará gobernar Rosario de la mano de una convicción: la imaginación al poder.

Javkin es un hombre de letras. “Siempre leo. Es fundamental para nutrir. Creo mucho que la política es imaginación, y la imaginación se conquista leyendo”, explica a **Barullo** quien en sus años de alumno ejemplar en los talleres de Marcelo Scalona estableció una amistad inquebrantable con el poeta Simeoni, un pilar fundamental en su proceso de recuperación tras el grave accidente automovilístico que sufrió en diciembre de 2005. De las impredecibles jornadas que tenían al *Rengo* Simeoni como epicentro, Javkin fue cosechando amistades dentro del amplio universo de la cultura rosarina.

Y siguió alimentando así una formación cultural que nació en el entorno que le brindaban Eduardo y Mirta, profesionales de la medicina pero amantes de las artes; y que se nutrió también en los períodos vacacionales en dependencias del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos. “En esas vacaciones había un nivel de debate político alto y los coordinadores de la recreación eran gente más vinculada a los movimientos culturales, entonces también de muy chico empecé a vivir eso”, narra el nuevo intendente rosarino, que tuvo su primer cargo como delegado escolar en el Superior de Comercio, cuando comenzó a vincularse con la Franja Secundaria. Desde entonces, su trayectoria política no tuvo descansos. Aunque sí reglas claras: “La única condición en casa era que no me llevara materias. Mis viejos habían participado en la época universitaria, mi papá un poco también en la recuperación democrática. En mi casa

siempre hubo lecturas, libros, poesía, música, muy ligada a eso. Con lo cual hubiera sido muy antinatural negarse. De hecho les gustaba, pero no tenía que llevarme materias, era como el piso de exigencia. Después en la universidad era igual: tenía que recibirme y hacer la carrera a tiempo”.

—**Luego llegó la presidencia de la Federación Universitaria de Rosario, de la Federación Universitaria Argentina (FUA)... Si uno va enlazando años no hay muchos huecos en los que no hayas ocupado un cargo político.**

—Sí, la política estuvo siempre. Cuando terminé la FUA me eligieron presidente de la Juventud Radical a nivel nacional. Fueron cuatro años en los que viajé por la Argentina, el presidente del partido era Raúl Alfonsín. Pero la pasamos muy mal con todo el gobierno de De la Rúa, y en el 2001 en Rosario desde el radicalismo estábamos más cercanos al Frente Progresista, que se estaba formando, y fui candidato a concejal, me vine desde Buenos Aires para ser candidato. Entre otras cosas porque lo otro es muy abstracto, acá era realmente estar en contacto con la gente. Desde ahí la mirada estuvo más en Rosario.

“Nosotros venimos de las escuelas más duras del rigor, la formación, el compañerismo. Los pibes construyen desde otra lógica”.

—**Todavía no asumiste como intendente y seguramente hay sectores pensando que si hacés una buena intendencia serás candidato a gobernador. Es un permanente tiempo futuro. Habiendo dedicado toda tu vida a la política, ¿cómo se sale de esa vorágine?**

—Hay cosas que me ayudaron. Porque tuve como una suerte de militancia ideal pero el 2001-2002 fue un quiebre, se derrumbaron un montón de ilusiones. Me terminé yendo del radicalismo, que fue el divorcio más fuerte que tuve en mi vida... Ese fue un primer sacudón, porque tomé la decisión de dejar un lugar donde había logrado todo para empezar de nuevo. Cuando terminé de tomar esa decisión salí del optimismo permanente, de la lógica acumulativa sin fin. Después, la combinación de haber dejado un lugar y el accidente, y la recuperación del accidente, que también te acomoda, porque te muestra que todo esto es muy precario: quedás de este lado, pero sabiendo que la pelotita también puede ir para el otro. La eternidad no existe, y eso te baja un poco el ego. Y el tercer golpe al ego son tus hijos: todo el ego lo ponés ahí, se terminó tu vida como protagonista principal, te baja el narcisismo. Y también porque perdí varias veces: de hecho últimamente me cargaban porque nunca

ganaba y eso también está bueno. Después me tocó dos veces empezar de nuevo, porque en el 2015 a lo mejor podría haber sido candidato a intendente de Cambiemos, pero decidimos obviamente irnos, no integrar ese espacio, que es otra decisión que tomás contracorriente, arriesgando todo.

—¿Ese fue otro divorcio?

—No tanto, porque ahí fue más natural: nos íbamos a ir, no había conflicto. Sí comparto que volvió a aparecer esto de que pasaron ocho años en un espacio y había que volver a empezar... Pero no me agarran más con ese razonamiento, porque aprendí que todo alterna. Cuando era presidente de la FUA quería ser presidente de la Nación, y sentía que podía serlo. Ahora olvidate, yo me quiero quedar acá, aquello no me genera ninguna expectativa ni ilusión. En otra época sí, porque era un dirigente nacional, recorría la Argentina, estaba todo el día al lado de Alfonsín, todos me jodían con que era su hijo mimado, el sucesor. Eso en algún momento te juega. Pero cuando me vine para Rosario quebré con todo eso. Me acuerdo de haberlo hablado mucho con el viejo Alfonsín, que me reputaba porque me iba a ir de concejal. Y le dije: “Tengo que defenderme en algún lugar concreto. ¿O usted qué carajo hizo cuando empezó?”. “Fui concejal”, me respondió, se cagó de risa y me dijo: “Andá”. Ahí se me acomodó la cabeza, tenía treinta años: si no te acomodás la cabeza ahí...

“Creo que de lo que más contento estoy es de haber dicho «no» en los momentos en que había que decir que no”.

—El paso del tiempo da la posibilidad de hacer una lectura más firme del camino recorrido. En tu canal de Youtube hay fragmentos de discursos a lo largo del tiempo...

—Estoy muy contento de que las dos o tres veces en las que había que tomar una decisión drástica, la tomé por el lado de mayor riesgo. Como ahora se coronó parece un cuentito de hadas, pero creo que cuando tomás esas decisiones tenés que asimilar que es probable que nunca se te dé. El mejor ejercicio es cuando le perdés el miedo a arriesgarlo todo. Creo que de lo que más contento estoy es de haber dicho “no” en los momentos en que había que decir que no. En esta elección también dimos una pelea un poco desigual, y no dudamos en darla. Aun cuando uno podría haber buscado otras cosas. Ahí sí hay como un premio a habérsela bancado: ¿otra vez íbamos a fundar un partido nuevo? Sí, y realmente fundamos un partido nuevo (Creo), lo armamos provincialmente, discutimos en seminarios qué nombre ponerle, su filosofía, buscamos una casa que nos permitiera hacer lo que queríamos, algo abierto. Claro, cuando se te da de esa manera, vale mucho más.

—Hoy el radicalismo también tiene un espectro muy amplio. ¿Al momento de pensar un nuevo partido tuviste en cuenta alguna de estas líneas?

—Me animo a decir que no. Teníamos muy claro que tenía que ser un partido de este siglo, de este tiempo. Para mí, la característica principal es la siguiente: los partidos se sostenían siempre en una idea de que era una construcción vertical, una concepción de poder vertical donde de alguna manera el Estado era el dueño de todos los saberes y los medios y tu pelea era por acceder al control del Estado. Creo que hoy eso está roto, que la sociedad es distinta, es más plural, más horizontal. Más injusta, también, más desigual. Entonces la idea de construir un nuevo partido político tenía que ver con una herramienta que permita interpretar eso. Es una lógica diferente sobre el poder y sobre dónde se construyen los saberes... Nosotros construimos un partido con una enorme cantidad de jóvenes sin armar una agrupación universitaria, que es otra tradición. Fueron varios cambios conceptuales. Buscamos jóvenes por su agenda temática, por lo que los moviliza, no necesariamente porque tengamos una agrupación universitaria que te nutra de militantes, aceptando que es un tiempo nuevo, que la mayoría de los pibes tiene otra cabeza, muy superior en torno a la libertad, a la información que manejan. Nosotros venimos de las escuelas más duras del rigor, la formación, el compañerismo. Los pibes construyen desde otra lógica, e hicimos un partido donde convivió eso.

—¿Esa concepción de Estado que mencionás es la que buscarás lograr en tu intendencia?

—Sí, no tengo dudas. Es un tiempo de redes. Si no, no te alcanza. Poné como ejemplo las adicciones, que es un desafío de gestión respecto a las políticas de trabajo con los pibes: tenés debate ideológico, distintas visiones sobre cómo enfocar el tema. No das abasto. Está bien que tengas políticas públicas, que tengas tu enfoque, pero no puedo darme el lujo de no trabajar con las experiencias parroquiales de los curas que están trabajando en los centros de día, o las experiencias de una iglesia evangélica, o de sectores que trabajan con los pibes. Para abarcar el desafío tenés que trabajar en redes. O para trabajar sobre la primera infancia: no voy a tener recursos para construir doscientos centros de atención, sino que tendré que juntarme con todos los que están trabajando, poner un común denominador y definir el piso mínimo. Después cada uno le pone su matiz. Creo mucho en esos desafíos sociales. No sólo porque hoy en día el Estado no puede, sino porque en algunas cuestiones no sé si sería bueno. En materia cultural es un ejemplo: está buenísima la cultura pública, cumple un rol, pero la cultura no puede ser toda oficial. Es bueno generar oferta pública pero es mejor aún si permitís que broten culturas emergentes, expresiones disímiles. Creo que hay que pensarlo así. Y obviamente los espacios públicos son fundamentales, porque te generan un piso.

—En muchos casos el Estado pasa a ser el regente de la cultura, se genera esta cultura oficial en la que intentan insertarse las expresiones emergentes. Pero, a la vez, empieza a faltar una contracultura.

—Comparto eso con vos. Está bueno que haya oferta pública gratuita, pero también que emerjan otros espacios, porque si no lo diferente, ¿dónde nace, dónde se nutre? Tenés que equilibrarlo. El acceso a la cultura también depende de la diversidad. Una cosa es que vos garantices lo público como factor de igualación; otra cosa es que iguales toda la oferta, o que se te dé la situación de que termines dando la única oferta. Imagino una idea que permita que los lugares se puedan sostener, porque es muy difícil sostener hoy un lugar de generación de cultura. Más allá de los debates sobre las ordenanzas, hay mucho de política cultural, de qué querés programar. Lo mismo con lo emergente: ¿vas derecho a lo que funciona o te animás a apostar por expresiones emergentes que van a brotar después? En eso hay que hacer un quiebre. Me parece que hemos tenido muy buenos años de una visión de la cultura pública muy positiva pero que creo que hay que combinarla con la diversidad. Y la diversidad se fomenta no necesariamente desde el ámbito estatal, o no sólo desde el ámbito público. En lo barrial sí creo que el Estado tiene que poner más, a los auditorios de los distritos hay que hacerlos brotar de cosas. A lo mejor a las producciones independientes hay que ofrecerles el ámbito físico, la técnica. No se trata del retiro del Estado, que es lo que otros creen: es el Estado generando diversidad. Vos podés construir un playón polideportivo o podés ponerle guita a un club. Donde hay clubes, tenés que poner la guita en el club, y se multiplica por diez: el pibe que entra al club no se queda sin zapatillas, seguro que merienda, tiene toda una red de contención que vos no la vas a poder generar. Después sí, hay lugares donde hay que poner un playón, porque no hay posibilidades. Eso es una vuelta a la discusión. Pasamos tan a los bandazos a una lógica neoliberal de retiro del Estado, que hay que plantear estas cosas con mucha delicadeza: la vuelta a la generación de redes alternativas, donde sea el Estado el que se anime a multiplicarlas y promoverlas.

“Tenemos que generar la cultura del trabajo en términos de dignidad de la producción cultural.

Es un debate importante al que tiene que entrar el Estado. Si no es una acumulación de precarizaciones”.

—En todo esto que planteás hay muchas cuestiones que implican consenso. Por supuesto cualquier político en su sano juicio va a reconocer la importancia de lograr consensos. ¿Por qué, entonces, fallan?

—Primero porque la cultura política, no sólo en la Argen-

tina, ha exacerbado la idea de grieta y de acumulación de conflicto. En el fondo, como los Estados han perdido capacidad de respuesta a las demandas sociales, que son cada vez más complejas y diversas, y los Estados tienen cada vez menos peso en términos de recursos económicos (porque esta es una etapa del capitalismo financiero que desfinancia las cuestiones públicas), lo que te pasa es que se genera un gran nivel de insatisfacción. Y esa insatisfacción es muy beneficiosa para aquel que acierta en repartir las culpas. Y si las culpas las reparte con pulsiones extremas, es imbatible: Trump, el Brexit, Bolsonaro en Brasil. Acá en Argentina no tenemos ese nivel porque, creo, vivimos una dictadura que puso un límite a esa lógica, pero de a poquito te vas acercando. La idea de la eliminación del otro, de que el culpable es el otro, es una lógica política muy complicada. Y es muy efectiva electoralmente, porque genera apasionamientos, movilización, articulación de discursos. Obviamente un efecto mediático muy atractivo. Para mí esa es una pelea cultural, y vale la pena darla, aun a costa de fracasar. Creo, realmente, que el problema de fondo es: si se pierde toda legitimidad democrática, se pierde toda vocación consensual, a la larga lo que va a nacer es cada vez una posición más extrema. Hay un discurso de Alfonsín, del 85, donde dice algo muy interesante: el gran problema de la Argentina es que siempre hay una gran discordancia entre los períodos democráticos y los cambios sociales. Pareciera que es incompatible generar cambios sociales en períodos democráticos, es lo que nunca queda resuelto. Parece que los cambios sociales requieren violación del consenso democrático, o al revés, que el consenso democrático implica que no haya cambios sociales. Eso está irresuelto, hay que apostar a resolverlo, de lo contrario es peligrosísimo, porque nunca sabés de qué lado va a caer el tipo de cambio social que se busca. En los 90 creo que fue muy complicado, porque se dio un cambio social con consenso democrático muy recesivo, lastimó mucho esta idea. Creo que a la larga es el debate que tenemos, cómo generamos equilibrio. Entiendo que empieza a haber una posibilidad de reacomodamiento. Te doy un ejemplo, la idea de control: tenemos una sociedad que cree que la norma hay que respetarla en términos de quien tiene que ejercer el control. La culpa es siempre del que ejerce o no el control. Para mí, y lo digo con todo respeto, el pos-Cromañón generó un poco esa idea, la responsabilidad del Estado debe estar, pero también se asocia eso a una idea de que no hay corresponsabilidad social. No hay un principio de respeto a la norma, sino que el Estado debe hacerla cumplir. Por eso se generan sociedades de control cada vez más complicadas, porque la única manera de hacerlo es restringiendo libertad. Creo que ahí hay un punto de quiebre también, que tiene que ver con esa lógica: tiene que haber un mínimo consenso social para convivir con el otro, hay cosas que tengo que hacer bien de por sí. Eso hay que reconstruirlo, y eso va desde el fondo del debate político a cómo paro el auto si

en una esquina hay un cochecito. Que parece un ejemplo pavo, pero es muy demostrativo de hasta dónde llegás: no darte cuenta de que hay un bebé en un cochecito en la esquina, no pensar en eso... es un vínculo de respeto al otro que hay que reconstruir. Estoy convencido de que hay que lograrlo, porque lo otro lleva a una cultura violenta. Lo otro se recompone violentamente en extremo, cuando la gente no aguanta más, reparte culpas, se rompe el consenso social. Además creo que el problema es dejarse gobernar por la minoría extrema, cuando razonás como si todo fuera una red social, donde se exagera el debate sobre las posiciones más extremas. Eso hay que animarse a marcarlo, no asustarse por lo que un extremo te marque.

—Una ciudad que crece poblacionalmente deriva lógicamente en una mayor demanda , lo que implica ampliar la planta del Estado, reordenarlo. Por lo general, esa ampliación se da a través de contrataciones que generan personal precarizado. ¿Es posible lograr también allí un ordenamiento?

—Sí. Hay desafíos transversales que se pueden promover. Vamos a ver si nos sale. Porque hay como una idea general, una tendencia al refundacionismo, a refundar todo. Segundo, hay una lógica que dice que hay que alterar las estructuras, cambiar nombres de secretarías, sus funciones. Yo no creo mucho en eso, sino en que hay que tener cuatro o cinco políticas transversales como eje, y poner lo que tenés en función de eso. Por ejemplo, una prioridad creo que son los pibes de 0 a 3 años. Si tenés una estructura fuerte en Cultura, como la que tiene la ciudad, hay que poner esa estructura en esa prioridad, no hace falta crear una secretaría de niñez y pasar la mitad de los empleados ahí. Hace falta que dentro de la programación cultural pongamos a los equipos a pensar en los chicos. Objetivamente, estoy pensando seriamente en no modificar mucho el esquema, porque después perdés un montón de tiempo burocrático. En un cambio de secretaría perdés seis o siete meses hasta que se recompone el circuito de firmas, que se cambia el nombre, una cantidad de detalles que genera una decisión que en términos de impacto es nulo y en términos de tiempo es larguísimo. Los problemas hoy hay que abordarlos transversalmente, no hay ningún área que no interactúe. Por eso me imagino un esquema de gabinete temático, donde haya prioridades que se aborden transversalmente por las secretarías. No podés tener una política de niñez abordada únicamente desde Desarrollo Social sin Cultura; no podés tener una política de movilidad sólo desde la lógica del transporte, sin discutir la cuestión cultural también. Hay que revisar todo eso, porque la ciudad funciona así hoy.

—Has sido crítico con otras áreas del Frente Progresista, y en campaña utilizaste la figura de David y Goliat para graficar la disparidad de recursos de cara a la interna. Lo cierto es que, una vez que asumas,

cuando accedas al control del Estado, está el riesgo de convertirse también en Goliat...

—Es lo que hay que evitar. Tenés que luchar contra eso, evitar convertirte en lo que de algún modo combatías. Te diría que es el desafío más difícil que tiene la política cuando te va bien. Porque cuando te va mal tenés el reaseguro de que no te va a pasar. Pero tiene que ver con la concepción de fondo respecto a cómo funciona la sociedad y cómo debe funcionar el poder. Creo que hay un elemento que tiene que ver con ese debate casi cultural-ideológico acerca de cómo funcionan las relaciones sociales y el poder en esta sociedad. El riesgo siempre está, con el paso de los años... Yo leo mucho, sobre todo ahora con este fenómeno de la democracia liberal, la antidemocracia. Hay un concepto que me gusta mucho, de un tipo que se llama (Yascha) Mounk: si a las propias reglas democráticas las llevás a un extremo sin violarlas, en definitiva te llevan al borde y que hay una lógica que es de autolimitación. Pero si no lo tenés claro te convertís en eso, sobre todo cuando tenés consenso. Creo que hay una autorregulación que uno tiene que tener, aun pudiendo no hacerlo. Es un tema fundamental.

“Lo que genera la cultura rosarina es lo de acá. Tenemos una tradición hermosa. Y hay que ponerle más oído a eso”.

—¿Qué escenario imaginás, a nivel nacional, provincial y local, para poder concretar los 115 puntos que planteaste en tu programa de gestión?

—Como la Argentina es tan impredecible, tan maleable, soy de los que creen que hay que tener una caja de herramientas muy amplia. Porque si te limitás a lo que considerás lo urgente, te perdés oportunidades que tienen que ver con imprevisibilidades. Podemos tener gobiernos municipales, provinciales y nacionales de distinto signo político, o no, y a veces los planetas se te alinean con algo que no esperabas. O a veces se producen hechos muy negativos en cosas que, para vos, eran las que iban a ser más accesibles, y tenés que reorientar. Más allá de que las prioridades están: ordenar la ciudad en términos de cuidado, del respeto por las personas que están en la calle, y cuidar a los pibes. Hay una caja de herramientas que tienen que ver con esas dos prioridades. Después en todas las demás claramente dependés de otros factores. Tenemos propuestas que tienen que ver con las habilitaciones, la ocupación del suelo industrial, que si se te da en un marco de recuperación económica del país, eso se acelera. Y a lo mejor no estaba en la agenda urgente, pero hay que aprovechar la circunstancia. La línea de trabajo es esa: aprovechar lo que tenés. Siempre hay liderazgos que generan avances en áreas que no vienen de lo estatal. Si lo leés con inteligencia te apalancás en esa oportunidad. Son cosas que po-

demos potenciar y aprovechar. No porque en el futuro no haya otras políticas. Hoy en materia cultural pasa lo mismo: tenés un montón de cuestiones emergentes, a lo mejor lo que tenés que hacer es ponerle todas tus herramientas para ayudar a que broten con más contundencia, se multipliquen.

—Esas herramientas no deberían estar ancladas únicamente a lo económico. Si bien el apoyo económico es fundamental, también es un límite fino: el reparto de fondos genera dependencia.

—Totalmente, creo que hay que hacer un equilibrio en esto. Y generar los aportes en términos de reproducción, de crecimiento, y no de simple sostenimiento. Porque si no después se vuelve dependiente y, cuando no tenés manera de sostenerlo, sonaste. Hay que apuntalar para que crezca. En lo biotecnológico, tecnológico y en industrias culturales tenemos una potencia indiscutible. En Rosario tenés la Escuela de Animadores, ¿cómo no te va a impactar eso en la generación de una continuidad en materia de determinada producción en una industria cultural? Tenés la Musto, las escuelas, los músicos. Hay que aprovechar eso, porque si no queda descoordinado, ponemos un montón de recursos en eso y después no le permitimos que crezca solo, que genere alternativas.

—Si bien en su esencia algunos espacios tienen el objetivo de formar actores culturales profesionales, no siempre se piensa en crear un entorno que permita que se desarrollen trabajadores de la cultura.

—Pero yo creo en eso, y lo hemos discutido. Tenemos que generar la cultura del trabajo en términos de dignidad de la producción cultural. Es un debate importante al que tiene que entrar el Estado. Si no es una acumulación de precarizaciones. Pero como no vas a poder sostener todo, tiene que ver con herramientas inteligentes que permitan hacer crecer a los proyectos culturales. Me gusta mucho vivir la vida cultural de la ciudad, he participado por fuera del ámbito político (en mi caso más desde el mundo literario). La potencia que tiene Rosario en producción en letras es un ejemplo: tenés que pensar cómo poner recursos para que eso pueda desarrollarse, además de hacer el Festival de Poesía. A lo mejor, si hacés un evento menos y lograrás multiplicar la generación de sostenimientos de proyectos por ahí es más positivo, porque después el evento se genera solo.

—Claro, pero también entra a jugar allí lo que se mide a partir del resultado electoral: puede pensarse que un gran festival tiene mayor impacto...

—Dejame dudar de la efectividad de eso, de la efectividad de la política del espectáculo masivo. La cosa es que lo hagas como factor de acceso a los derechos culturales. Otra cosa es que vos creas que eso reditúa de otra manera, tengo mis serias dudas. Hay ciclos que me encantan, como “Hoy en mi barrio”, porque conjuga el club, la lógica cultural, el encuentro. Después lo masivo masivo... tengo alguna duda. Yo prefiero poner la

ficha en lo emergente, en el acompañamiento a los proyectos para que crezcan, se sostengan. No digo que un 20 de Junio no pongamos a un artista masivo. Pero después pasa que le pagás un montón a ese artista y a los artistas locales los tenés ocho meses sin cobrar. Y lo que genera la cultura rosarina es lo de acá. Tenemos una tradición hermosa. Y hay que ponerle más oído a eso. Hoy también cambió el concepto de lo masivo, la gente va más a bares que a boliches. Hay que multiplicar, lograr que haya diversidad.

“Dejame dudar de la efectividad de la política del espectáculo masivo”.

—Tu contacto con el ámbito literario, con la música, el haber vivido la adolescencia y primera juventud en la recuperación democrática, ¿te dieron una mirada que influirá en tu política cultural?

—Sí, pero entendiendo que es otro tiempo. Te marca porque Rosario tiene una cultura urbana muy propia, es portuaria, urbana, diversa, muy libre. Y esa es una impronta que hay que marcar. Generacionalmente uno va cambiando, no existen más algunos lugares a los que uno iba. Pero creo que eso sigue existiendo, Rosario tiene una capacidad única porque es una ciudad rebelde, que lucha. Eso se ve en todos los movimientos culturales. Y siempre acá el cruce es muy lindo, muy profundo, es parte de la riqueza que tenemos.

—Como Estado, para que esa pluralidad, esa rebeldía, florezcan, es necesario equilibrar: antes mencionabas al pos-Cromañón y es necesario controlar, pero no anular. Y mencionabas también la simplificación de normas: la discusión sobre la nocturnidad tampoco se ha podido resolver hasta ahora.

—Estoy de acuerdo, totalmente. Pasa en toda ciudad. No hay un conflicto entre la cultura y los vecinos, sino que falta un poco de sentido común sobre lo que es el lugar de reunión de gente y el respeto al otro. Es un problema más cultural que normativo.

—¿Cómo se resuelve?

—Poniéndolo en consideración. A lo mejor suena naif, pero realmente creo que el componente de conflictividad que surge por no mirar al otro, es el 90 por ciento del problema. Hay cosas en las que hay que dar un debate. Y se trata de una presencia más focalizada que de normativa general. Porque si la gente no siente la norma... Antes era imposible pensar que no se podía fumar en un bar. Y hoy no se fuma ni en un boliche, y no hacen falta inspectores para controlarlo. Eso permite resolver con libertad temas que, si no enganchan en la cultura, no podés resolver por más normativas que generes. Creo que las pautas culturales se construyen en términos positivos cuando lograrás visibilizar que no tenés que joder al otro. ●

OPINIÓN

El periodismo jibarizado

Por
**Alicia
Simeoni**

A Gabriel García Márquez se le ocurrió que el periodismo “es el mejor oficio del mundo” y al maestro de cronistas Ryszard Kapuscinski que “los cínicos no sirven para este oficio”. Lo que ambos dijeron mantiene un enorme y profundo sentido ético, pero es casi seguro que ambos se estremecerían ante la suerte de jibarización del periodismo de estos días. Por eso los periodistas-trabajadores de prensa, nucleados en los sindicatos que los representan, plantean la necesidad de sostener las fuentes de trabajo y el poder informar con libertad. En los tres años y medio de gobierno de Mauricio Macri se perdieron alrededor de 4.000 puestos de trabajo en todo el país, mientras se precarizó a casi todo el resto. De manera particular se atacó la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (LSCA), que ponía un cierto límite a la concentración de la propiedad sobre los medios y daba status de consideración a los del sector no comercial, tanto comunitarios como cooperativos. El colectivo de quienes trabajan con la información, y para eso con el mundo de las ideas, no se enfrenta sólo al tsunami macrista, lo hace además con los cambios tecnológicos que como corresponde a la sociedad capitalista están en manos de las mismas corporaciones que deciden el uso y sentido de la aplicación.

Desde la campaña electoral de 2015, el mundo de la comunicación y del periodismo fueron desvelos de Cambiemos que en cuanto pudo dio el zarpazo mediante DNUs modificatorios de la LSCA con los que se anulon los artículos antimonopolios y poco después el mayor grupo corporativo del país, Clarín, pudo quedarse con lo que tenía y también con Telecom y Nextel, para actuar en todas las expresiones de la comunicación. Resultado: un negocio más que importante, porque a la asociación entre la concentración económica y la del capital financiero se adiciona la megaconcentración en esta actividad que elabora los contenidos que necesita para intervenir con fuerza en la disputa de sentido y ganar la pulseada por crear una subjetividad social acrílica y capaz de pensar y actuar contra sí misma. Nada quedó en las políticas públicas del paradigma que otorga valor de derecho humano y bien social a la información y que enunciaba la LSCA.

La concentración brutal, por su parte, también permite el achicamiento de los puestos de trabajo. ¿Por qué tener planteles de periodistas, fotógrafos, camarógrafos o administrativos en cada medio de un grupo?, razonan las empresas que hace tiempo olvidaron la calidad (que aporta cada quien en su función) y la responsabilidad social que les compete. Además, las políticas aplicadas desde el Estado en los medios públicos alientan la filosofía y la acción de mercado que recurre a la censura, la invisibilización, los aprietes, la precarización. Las prácticas monopólicas son de base las mismas en todo el país y Rosario no es la excepción: la concentración mediática fue creciendo hasta llegar al punto más alto en la actualidad.

El periodismo mundial y por tanto el de nuestro país asiste también a un momento complejo y de enormes cambios en las rutinas laborales que se conocían: el deslumbrante mundo digital brinda posibilidades comunicativas inimaginables pocos años atrás. Ahora el algoritmo marca los tiempos y los modos de producción, modifica los criterios de edición e impone la inmediatez que a menudo conspira contra la calidad de la que se hablaba y que en sí misma contiene el primer principio ético que es el trabajo por la verdad, por la construcción de la información con el chequeo de fuentes y la rigurosidad de lo que se publica o se da a conocer en la diversidad de los soportes mediáticos y en especial en las redes. Queda configurado un territorio fértil donde se enseñorean las inexactitudes, las distorsiones y las actuales mentiras que se conocen como *fake news*. La “modernidad” instalada condena las mejores prácticas periodísticas y el entretenimiento gana lugar como si las integrara. No es que el avance tecnológico sea malo, es aquello que en especial las grandes corporaciones hacen con la tecnología lo que preocupa y angustia al universo trabajador, ya que trae precarización, sobrecarga de tareas, despidos, desempleo. El criterio mercantilista y maximizador de ganancias se ha hecho más potente con el poder que representa la concentración. Quiere más y más ganancias, sobre todo en un año electoral. Y entonces la información reunida estará tamizada y atravesada por lo que los anunciantes señalen que se puede o no mostrar. Por eso está amenazada la esencia del periodismo, el oficio-profesión que tantas pasiones e intereses despierta pero que no puede hacerse desde un escritorio o por whatsapp. Tampoco, o no solamente, en base a los aportes o testimonios del llamado periodismo ciudadano o a los partes que remiten los equipos de prensa de funcionarios públicos, sectores políticos u organizaciones diversas. Como decía hace muchos años la canción de Los Piojos, “Desde lejos no se ve”. Hay que estar, caminar, meter los pies en el barro, consultar las mejores fuentes. Así el periodismo es un oficio-profesión que merece ser recorrido.



En el centro, lejos del ruido cerca del río...



Un lugar donde el buen pescado de río se encuentra con la historia y el paisaje

España y Río Paraná | Rosario, Santa Fe | Te: (0341) 449-6801

LUGARES QUE VENDEN

barjillo

EN KIOSCOS Y
REVISTAS DE ROSARIO

En Rosario, el ruido de la cultura



EN ROSARIO

HOMO SAPIENS LIBRERÍA / Sarmiento 829
 BUCHIN LIBROS / Entre Ríos 735
 LABORDE LIBROS / 3 de Febrero 1065
 OLIVA LIBROS / Entre Ríos 579
 BAR EL CAIRO / Sarmiento y Santa Fe
 PARADOXA / Mendoza 923
 STAND UNR EDITORA / Corrientes y Córdoba
 VIDEOTECA, Entre Ríos 1772
 MERCADO DE FRUTOS CULTURALES, LA CASA
 DEL ROCK, Galpón 17

EN CIUDAD DE BUENOS AIRES

WALDHUTER, LA LIBRERÍA /
 Av. Santa Fe 168

EN CIUDAD DE SANTA FE

PUNTO DE ENCUENTRO /
 La Rioja 3221

EN CIUDAD DE CORDOBA

MAIDANA LIBROS /
 Paseo Lugones, local 590

COMPRA ON LINE

<https://homosapiens.com.ar>



Concejo Municipal de Rosario

Córdoba 501, S2000AWC Rosario, Santa Fe, Argentina
 Teléfonos: (0341) 410 6200 / 410 6300
www.concejorosario.gov.ar



AMBOS MUNDOS

La oscuridad

Por
Miguel
Roig

El 13 de enero de 2012 el crucero Costa Concordia de la compañía italiana Costa Crociere dejó de flotar. Ese día la nave encalló, se abrieron en su casco numerosas vías de agua de grandes dimensiones y quedó fuertemente escorada en aguas someras frente a la isla italiana de Giglio, en la costa de la Toscana, en el mar Mediterráneo, con las graves consecuencias de 32 muertos y 4198 evacuados. Vicente Verdú analizó la tragedia en un largo artículo publicado por el periódico El País y en su reflexión leyó la conducta del capitán como una cifra de nuestro tiempo que se repite en políticos, empresarios, en fin, en los gestores del sistema.

Meses antes de la tragedia se había estrenado *Film Socialisme* de Jean-Luc Godard.

La mayor parte del film, desde su inicio, está rodada en un crucero. La nave atraviesa el Mediterráneo en un viaje real y virtual que abarca Barcelona, Hellas, Egipto, Palestina y Nápoles. A bordo descubrimos al filósofo Alain Badiou dando una conferencia en una sala vacía del barco como probablemente hayan estado las escasas salas de cine donde se exhibió la película. Otra pasajera, Patti Smith, deambula por la cubierta o cruza uno de los salones del barco rasgando su guitarra y canturreando algo ante la total indiferencia de los demás turistas. Una mujer soviética se obsesiona con el destino del oro español que viajó a Moscú durante la República y parte del cual fue saqueado. La escena también es habitada por un criminal de guerra, un espía, un diplomático palestino y distintos personajes que se separan de la multitud a bordo para dejar una reflexión o un apunte y volver a confundirse en el montón. “Dirijo un seminario: creación monetaria y creación literaria”, dice alguien. “No quiero morir sin volver a ver feliz a Europa”, suspira otro pasajero. “Esta pobre Europa”, se oye un lamento. “Piensa bien por qué luchas porque podrías obtenerlo”, advierte otra voz. Un joven fotógrafo, que entra y sale de escena, en un momento enfrenta a la cámara y se pregunta: “¿Qué causa la luz?”. Y la respuesta que aventura podría ser la trama de la película: “La oscuridad”.

La oscuridad de este tiempo atraviesa todo el film y viaja en esa nave cuyos pasajeros van por la vida a oscuras, a la deriva en un barco que también lo está a pesar de seguir un trayecto fijado. Atolondrados frente a las máquinas del casino del barco; narcotizados en la discoteca de noche o entregados a la mística de una misa oficiada en la misma discoteca de día; esperando en la cola del desayuno o compartiendo, hacinados, la comida en un correlato con tedio y sin ansia de un comedor social para inmigrantes; practicando en masa una sesión desprolija de aeróbic o cayendo ebrios en la piscina. La misma oscuridad a bordo que en tierra firme en esa Europa que Godard dice que no hay que hacer ni construir porque está hecha hace mucho tiempo. Esa es la gente que no se ve en las fotos de la tragedia ya que solo se ocupan de la nave, lentamente hundiéndose en el mar. Pero la gente está en las imágenes; la gente que nos retrata a todos. Y la pude ver cuando, al volver a visionar la película, tiempo después, al llegar a un puerto, los pasajeros comienzan a descender y en el lateral de la escalera se lee el nombre del crucero: Costa Concordia. Godard rodó el film en 2010, dos años antes de que la nave naufragara.

El barco hundido de las fotos, el mismo en el que ha filmado su obra Godard, está en el fuera de cuadro de la película ratificando su tesis, explicando la tragedia: la imagen que narra el quiebre que vivimos y también una manifestación tangible del concepto de liquidez que desarrolló Zygmunt Bauman para explicar la anatomía de nuestro tiempo.

Jonathan Balaban, rosarino, estudiante de odontología de 23 años, viajaba con su novia en el Costa Concordia. Contó, en su día, que «hubo gente que no logró estabilizarse y cayó al agua. Todo el tiempo nos decían que nos quedásemos tranquilos». Balaban, quien quizás hoy sea odontólogo en Rosario, hablaba del Costa Concordia pero, como reflexionaba Verdú, también se puede leer desde el lugar en el que estamos parados y muchos, demasiados, no consiguen estabilizarse.

RAFAEL BIELSA

La locura es contagiosa

Por **Marcelo Scalona**

Rafa ciudadano ilustre de Buenos Aires. ¿Entrevista? No, lo mejor sería el lenguaje escrito, el suyo, la fábula, la poesía. Yo conozco su gran relato de autoficción, la novela *Arqueología de un amor sofozado*, su mejor libro, como todos los inéditos, y podría señalar, como enseña Coetzee, un paso de la infancia de Rafa, otro de la juventud y otro de la edad de hierro.

Entro en el comedor —el de las ventanas hacia el este, que se parecía al del paquebote Normandie, decorado con muebles Ruhlmann y paneles figurativos de Jean Dunard—, la mesa tendida y no había nadie: me acerqué hasta el plato de la cacería, donde se sentaba mi abuelo y deslicé un dedo sobre la porcelana. No hacía mucho que había aprendido a leer, aquel domingo había sido Aulo Gelio, las Noches áticas. Yo había estado leyendo una historia sobre Favorino y tenía la cabeza llena de vientos, de las cuatro regiones en que se divide el cielo (“como todo el mundo sabe”, escribió el cronista, para mi bochorno), de proas de barcos y curvaturas de la madera. Saciada esa necesidad, bajé la escalera que llevaba a un largo corredor a cuyo fin se erigía el comedor y allí estaba, parado al lado de la cubertería, cuando irrumpió en mi memoria la voz de mi abuelo, arenosa, aflictiva: “...oiga, eh, Gorito” (así me llamaba), “mire, usted tiene un exagerado instinto de conservación; en cambio, su hermano Pela, ése es temerario...”. Creo que, en ese preciso instante, los objetos, las texturas, la mirada furtiva, las voces episcopales, la curiosidad, el pudor, todo lo que me atropellaba por dentro, corrió a refugiarse en los dos volúmenes con tapas de vitela que contenían los diecinueve libros de Aulo Gelio. Un círculo cerrado de ojos facetados, capaces de distinguir ángulos sólidos, movimientos rápidos, de percibir la polarización de la luz: la literatura. Ahora me pregunto qué quiere decir pertenecer a un lugar. Qué significa partir. Recordar, ¿no es buscar el comienzo? ¿Un principio? “Como todo el mundo sabe”, la otra vida siempre está tras la puerta de una habitación. Esa puerta está cerrada y del lado opuesto hay misterio. Un misterio renovado, cada vez que la abrimos. La literatura.

A los 13, me pregunto quién es el inválido. Mi padre. Siempre fuimos distantes, mi padre y yo. Me refiero al uno respecto del otro. Hay una película en la que Russell Crowe come tempura

con Al Pacino, en un restaurante japonés. “Mi padre fue ingeniero mecánico”, dice Crowe; “... el hombre más ingenioso que he conocido”. “Mi padre me dejó cuando tenía cinco años —contesta con impaciencia Pacino— y no fue el hombre más ingenioso que he conocido”. En ese diálogo yo soy Pacino. A mi padre le hubiese encantado ser ingeniero mecánico, pero también es cierto que no me abandonó. No en el sentido que Pacino parece darle a su frase. El peso de mi abuelo, su propio padre, lo llevó por otro camino, cuyo costado laboral desatendió durante toda su vida. Lo que sí hizo fue ir internándose en una fronda cada vez más intrincada, una red hermética de helechos, desde que tengo uso de razón, haya sido a mis cinco o a mis trece años. Podría decir que lo central consiste en que decidió asignar a su existencia un lugar adyacente en la vida de los otros, tan aledaño como imperturbable. Cuando llegaba a un sitio no parecía venir, sino ir a encontrarse consigo en otro lugar.

En los almuerzos dominicales era litúrgico escuchar las largas parrafadas de mi abuelo contra el “régimen depuesto”. Tenía un antiperonismo cuantioso, ornamental y conservador de burgués solícito, apoyado en el derecho, la democracia y la república, a los que el “tirano prófugo” había mancillado con sus “charlatanerías”.

Una vez mi padre, que pasaba socialmente por antiperonista y había participado de algunas refriegas durante la Revolución de septiembre del 55, le hizo notar a mi abuelo que él mismo había sido funcionario político en los albores de los años 30 de Agustín Justo, quien fue elegido mediante fraude electoral y luego de suscrita el ruinoso pacto Roca-Runciman. Mi abuelo le descerrajó una mirada insalubre, giró la cabeza hasta pasar revista de todos los comensales, y se rió sonoramente: “... pecados de juventud, era otro país”. Enseguida pasó a otro tema, escuchándose como un cangrejo.

En una ocasión, mi madre fue a consultar a un relevante facultativo rosarino si la locura era hereditaria. “No es congénita”, recibió por respuesta, “pero sí muy contagiosa”. No estoy seguro de lo primero, pero con lo segundo no se equivocó.

La ausencia a los 25 años son cosas que sólo pude haber hecho porque estaba confinado, porque tenía el alma cerrada con veinte llaves. Había comenzado el verano del 79 y vivía en Barcelona.

Iba al aeropuerto a buscar a gente imposible sólo para escucharla hablar del país mientras los llevaba hasta la ciudad, para pedirles un diario argentino, para preguntarles (con vergüenza) si por casualidad no habían envuelto los zapatos con papel de periódico, no importaba si era de una fecha muy anterior.

Diana y yo vivíamos en una casa de la calle Rocafort. Diana sabía que mi pareja estaba en Israel, y que yo me iba a reencontrar con ella más temprano que tarde. Mi pareja se llamaba Lya, y vivía en un villorrio fronterizo, Kiriat Schmona. Lya no sabía nada de Diana, pero tanto Diana como Lya sabían que yo había tenido un amor juvenil, que aquella mujer me había dejado, y que nunca había podido olvidarla.

Hasta que llegó, como no podía no llegar, la fecha. Íbamos a encontrarnos con Lya en Atenas, algún día del mes de agosto. Diana se empeñó en acompañarme en aquel viaje en tren, hasta Brindisi, luego se vería. Más kilómetros equivalían a más tiempo, y ella tenía su certeza. No sé por qué acepté, tal vez porque era así como vivía, pero lo hice sabiendo que las cosas no podían terminar bien. Cuando volvíamos a la frescura de la habitación del hotel, se desataban las recriminaciones. Yo me sentía culpable, claro que sí, pero de nada de lo que me reprochaba Diana. De estar vivo, seguro, no de otra cosa. Las lágrimas le corrían los trazos de lápiz, y me fui contemplando un incendio helado en la distancia, bajo sus insultos. Luego el puerto de Brindisi, el mar Jónico, el momento en que sentí que atravesaba una pared detrás de la cual estaba el sortilegio, Pátrai, Atenas, Mikonos (donde esperé solo como un eremita el tiempo que faltaba para reunirnos con Lya), y otra vez Atenas, la ciudad del reencuentro.

En su momento, pude abrazarme a Diana como si fuese a mi patria, pero no lo era. Lya tampoco era la judía que me había dejado. Estuvimos juntos hasta que volvimos a Argentina, y luego alguna que otra vez. Pero cuando uno hace a otro culpable de no ser lo que jamás fue, lo más sensato es que cada quien siga por su lado. Supe que hay que saber jugar, ganar y perder, retirarse a tiempo y reaparecer, pero esas son cosas que siempre se saben luego, y que nunca se aprenden desde la desesperación, sino más bien desde alguna de las formas de la supervivencia. En adelante podría tenerlo todo pero era seguro que me faltaría todo. No hay otro país que el que se añora, ni otro amor que el que falta.

Y la edad de hierro, la función pública. A los 51 años era noviembre de 2005 y si no había acuerdo sobre incluir en la declaración final de la IV Cumbre de las Américas un dato inequívoco sobre la reanudación de las negociaciones acerca del Alca, el presidente George W. Bush no vendría a Argentina. “El hombre más poderoso del mundo”, no vendría y sería un fracaso argentino. Discutíamos con la secretaria de Estado, Condoleezza Rice, lo que en diplomacia se llama wording, esto es, el texto consensuado de un acuerdo.

En mi habitación del Hermitage, la clara instrucción política de Néstor Kirchner, de no conceder lo perjudicial para nuestro país y la región, y la imaginación, convivían con las sonrisas so-

carronas que imaginábamos dibujarse en quienes deseaban que Bush no viniera, lo que iban a presentar como un ridículo de la diplomacia argentina y del país. Redondeamos un texto y se lo leímos a Rice. “No es eso lo que necesitamos”, nos respondió. No era lo que necesitaban los EEUU, tradujimos, antes de volver a las vocales y las consonantes.

Murió Néstor Kirchner. Pero soy capaz de releer lo que el presidente argentino dijo en aquella ocasión. El viernes 4 de noviembre de 2005, promediando la tarde, Kirchner no hablaba sólo de trabajo decente. Aquella uniformidad pretendida por lo que dio en llamarse el “Consenso de Washington”, decía a sus huéspedes, dejó evidencia empírica respecto del fracaso de dichas teorías. “Nuestro continente, en general, y nuestro país, en particular, es prueba trágica del fracaso de la teoría del derrame”. Le pareció poco y añadió: “...en nuestro país, con mucho esfuerzo compartido, pero sin ayuda alguna del Fondo Monetario Internacional, tras reducir en términos netos más de 14.900 millones de dólares nuestra deuda con organismos multilaterales de crédito, y obtener una exitosa reestructuración de la deuda, superando el default, hemos logrado importantísimos avances en (la) lucha por la equidad”.

De pronto sonó el teléfono en mi habitación: era la secretaria de Estado al habla. Cuando atendí, escuché por detrás de la voz de mi colega un ruido uniforme como de marea que subía. Le leí el párrafo en el que estábamos y le pregunté su opinión. “Es horrendo”, escuché que decía. También escuché el rumor de la marea. No era un fenómeno marítimo, sino las turbinas del Air Force One, el avión presidencial estadounidense. Supe que habían embarcado y estaban volando hacia Mar del Plata, donde los esperaba un operativo de seguridad con más de 7.500 agentes. La tormenta comenzó a poco de andar: presidida por el anfitrión Néstor Kirchner, la sesión exhortó a los mandatarios a referirse a la necesidad de promover el desarrollo a través de la generación de empleo. Ya se sabe que no son ni siquiera parecidos los empleos en Canadá o en Paraguay. Rápidamente el primer ministro canadiense, Martin, y Bush, lo pusieron en blanco sobre negro, considerando que las condiciones laborales en sus países eran un derecho constitucional y que pretender idénticos términos en nuestros países era una tentativa de extorsión.

Cuando regresábamos para hundirnos en el pandemónium, Samuel Lewis Navarro (vicepresidente panameño) interceptó a Kirchner, que hablaba conmigo. “Presidente, presidente y amigo: una pequeña concesión, se lo pido, un esfuerzo más. Le ponemos una fecha, fjese, sólo la fecha de reiniciación de las negociaciones por el Alca a la declaración final, y esto termina de fiesta”. Kirchner se detuvo como poseído por un relámpago interior: “Panamá, ¿no?, Panamá... Si lo pudiera escuchar el general Omar Torrijos se revolvería de asco en su tumba”. El panameño se escurrió como el agua de lluvia por un desagüe.

Caminamos dos pasos más y sentí la mano de Kirchner sobre mi espalda: “Ahora, Rafael, presidís vos”. Mejor me hubiera

hecho cargo de cortarle las cabezas a la hidra de Lerna. Tengo muchos recuerdos de aquellos momentos, pero Chávez es el excluyente. Pidió la palabra y se la di. Estaba rodeado de libros usados y tenía un portalápices con muchos de ellos de punta afilada. Como su retórica. A los diez minutos pretendí dar paso al próximo expositor. “Bielsa”, me dijo, “pero Bielsa, si no me dejas hablar me ahogo”. Allí vino lo mejor. “El Alca”, desgranó volcánico, “el proyecto del Alca, “es un tratado de adhesión y una herramienta más del imperialismo para la explotación de Latinoamérica”.

Faltando segundos para las 18, las deliberaciones se cerraron con toda felicidad. En el lenguaje de la OEA, “...otros miembros (posición Mercosur y Venezuela) sostienen que todavía no están dadas las condiciones necesarias para lograr un acuerdo de libre comercio”. Las condiciones no estaban dadas ni lo volvieron a estar. Como por entonces subrayó Néstor Kirchner, los subsidios y medidas para arancelarias de los países desarrollados impiden que nuestros países crezcan genuinamente. Todo ejercicio de memoria escrito al correr de la pluma corre el riesgo de la inexactitud. Pero aun inexacta, la justicia sigue siendo justa.

Y ahora soy yo el que habla o escribe. Yo que veo llegar a Rafa a Tablada en una Gilera. Es 1972. Es Rafa. En Tablada tener una moto entonces, y ser rubio, alto y poeta, estudiante de abogacía, vivir en un palacio del parque, era como una fantasía, algo que se podía ver en películas o en revistas. Rafa en la moto es *Busco mi destino*. Es el hijo de Henry Fonda. El hijo, el nieto. Rafa tiene una camisa de bambula, escocesa, pelo largo y rubio. Rafa tiene una guitarra cruzada en el pecho, escribe canciones, y trae en el asiento trasero a una chica rubia más linda que Marianne Faithfull. Rafa milita, escribe poesías, trae a mi casa, a mi hermano mayor, Oscar, y a Marcelo, su hermano menor, libros de Walt Whitman, de Sartre, de Cooke, discos de Ricardo Cocciante, de Paco Ibáñez, de Joan Baez. Rafa canta y llega a Tablada con su doble linaje. Rafa es como Dahlmann, mitad Borges y mitad Negro Tomaso o Turco Sapeta. Rafa tiene un abuelo que inventó el derecho público pero a él le gusta el barrio, salir de las avenidas, ser de Ñuls, pero tener un padre canaya. Rafa se prueba en las inferiores de Ñuls, lo quiere convencer a Griffa de que él puede ser el portón del mediocampo leproso, el cinco, pero ya está el Tolo Gallego. Es inútil. Es 1974.

Treinta años después, Rafa, como canciller de Néstor, cumplirá su sueño y será el patrón del mediocampo latinoamericano que detendrá el ataque del Alca, el de Bush, en la cumbre de Mar del Plata. Rafa trae libros de Derecho Romano, me los presta y al poco tiempo los necesita para venderlos. De urgencia. Los de Whitman no, esos no se venden. Esos aún están ahí. Rafa es Walt Whitman para los chicos de Tablada. Rafa milita, trae panfletos, le pide a mi vieja carne al horno pero lo que más le gusta son las papas, las que quemar. Rafa come como un náufrago, como un artista, como un soldado, escribe canciones, las canta en el living



de Ayolas, la bambula escocesa y el pelo largo y rubio de hippie, con la resolana, refuerzan el doble linaje, un vagabundo como Whitman que deja el palacio familiar del parque y entra en el sur profundo de Rosario.

Rafa no es un flaneur, no pasea por Villa Manuelita ni por el lado pintoresco de los 70, Rafa pasa a la clandestinidad, agarra el fierro, va preso. Rafa tiene que irse. Ya mismo. Vende todos los libros menos el de Whitman, que sabe o no sabe o no recuerda, se lo deja al hermano menor de un amigo de su hermano más chico. Rafa es Whitman, lo salva sobre la hora Ralph Waldo Emerson, pero debe irse. Debe callarse, debe bajarse de la moto, cortarse el pelo, olvidarse de la bambula y de Marianne Faithfull. Rafa cumple la pena del exilio y regresa. Vuelve y con Alfonsín informatiza todo el Poder Judicial argentino. Rafa limpia el Pami Rosario, audita la Nación. Rafa es el canciller del default argentino, el ministro de exteriores de Néstor y de la Argentina año verde que pagó toda la deuda externa. Rafa escribe los poemas de Wintergarten y las pesadillas de Tucho Valenzuela y Raquel Negro. Rafa y el doble linaje, compila todo el derecho público del abuelo y ficciona como nadie la crónica sangrienta de Los Monos. Rafa cena con Lisandro en la parrillita. Rafa tiene más poemas que Lugones en la antología de poesía del bicentenario, la de Monteleone. Rafa es un niño azul en Morteros, corre cuando Toti lo llama a tomar la leche y deja en el jardín de los abuelos el libro de Verne y el de Salgari. El doble linaje, Rafa, el marxista salgariano. Rafa salva a Ñuls, viene a votar la mañana en que hay que parar las balas de Eduardo J. López. Rafa... Rafa a partir de mañana ciudadano ilustre de Buenos Aires. Rafa tiene un libro inédito, un amor sofocado con el mejor lenguaje literario argentino y quizá no lo publique, porque los mejores libros están en el futuro. Rafa huele limón cuando duerme y sueña con la casa de Lezama Lima en La Habana. Rafa siempre velando por mi escritura. Rafa no te deja nunca en la puerta del cementerio. Rafa se mete en tu tumba y te pregunta si vos todavía tenés sus libros de Walt Whitman. Vos le decís que sí, pero él no te los pide, porque sabe que hay un límite. Whitman (Rafa) no se vende. ●

La cofradía de los libros viejos

Estuvieron desde siempre en la ciudad, y son cada vez más. Un paseo a través de espacios que dan forma a una hermandad que, aunque no lo sepa, pelea por la libertad y la esperanza

Por **Javier Núñez**

Fotos: **Lucía Rubiolo**

Todas las librerías nuevas se parecen, pero las de viejo lo son cada una su manera, me dirá alguien en algún momento, en un arranque a lo Tolstoi. Supongo que tratará de decirme lo mismo que voy a intuir después, cuando vaya conociendo orígenes y recorridos de algunas librerías de viejo de la ciudad: que son como organismos vivos que crecen y a veces mutan. Empiezan como locales pequeños que aparecen en cualquier lugar de la ciudad; si la suerte les es favorable, se consolidan como parte de la geografía urbana. Si la suerte es adversa, en cambio, prescinden del local, aunque no siempre se despiden del todo: muchos se reinventan a través de la venta por internet.

Podrán estar atendidas por una pareja de libreros jóvenes que se lanzaron a la aventura con vocación y su propia biblioteca; por consolidados referentes del sector con más de tres décadas en la actividad; y hasta por antiguos clientes que, casi como los personajes de Jack Black y Todd Louiso en *Alta fidelidad*, un día se hayan pasado al otro lado del mostrador. Habrá las que tengan estantes repletos de viejas revistas —El Gráfico y Sólo Fútbol, las Anteojoito y las Billiken, Skorpio, Cimoc, Fierro o El Péndulo—; las que prescindan de la literatura pasatista o la autoayuda para enfocarse en contenido humanístico; las que atesoren viejas enciclopedias y las que las rechacen porque hoy todo se resuelve en Wikipedia.

El perfil de una librería de viejo es, quizás, algo que se constituye a través del tiempo. No influyen sólo el gusto y la intuición de los libreros, sino también el azar y los avatares de otras vidas: las de sus clientes. Las separaciones, mudanzas, viajes y muertes van conformando, con sus huellas y sus restos, parte del rasgo que caracteriza una librería. Al fin y al cabo están hechas de libros con múltiples pasados.

Las librerías de viejo no son, sino que devienen. Por eso son tan difíciles de explicar y tan fáciles de querer.



De un tiempo a esta parte las librerías de viejo se multiplicaron y de las cuatro o cinco icónicas que teníamos en los 80 o 90 —Librolandia, en Pueyrredón y 9 de Julio; BuscaLibros en Alberdi; la eterna Longo; el Pez Volador de San Martín y San Lorenzo; El Viejo Almacén, en San Luis y Buenos Aires— la ciudad pasó a tener cerca de quince, sin contar a los que trabajan con venta virtual y llevando los libros a domicilio o en las distintas ferias que tienen lugar a lo largo del año. Todo recorte es arbitrario y el mío también. Trazo, entonces, un recorrido signado por los caprichos de la memoria y salgo a caminar mis librerías afectivas.



Muchos de los clientes que se entretienen revisando anaqueles en Urquiza y Santiago Libros se saludan con los dueños y entre sí, como viejos parroquianos. En el ambiente flota una suerte de camaradería contagiosa. Algo de eso se debe percibir desde afuera, porque así fue como Mariano Mirassou se acercó a la librería por primera vez.

—Pasaba todos los días en el colectivo, de regreso del trabajo, y sentí que tenía que conocerla. Un día entré y me enamoré. No me fui más.

No exagera: primero se volvió cliente asiduo y más tarde se sumó al negocio que Luis Oliva lleva adelante desde hace más de treinta, primero como la recordada Librolandia y luego con el nombre de la intersección que le dio cobijo al nuevo local. “La librería tiene tanto material de salida permanente, que garantice cierta venta, como material de calidad para aquellos que se alejan de la literatura pasatista”, explica Mariano.



—Los libros son cápsulas del tiempo —dice—. En lo nuevo no hay sorpresa. En lo usado hay hallazgo, hay tesoro.

Mariano habla pausado, calmo. Sus definiciones son pensadas y están envueltas en cierto halo de romanticismo que él mismo se encarga de mantener a raya. Se autodefine como bibliófilo pero sabe que también es comerciante y que al fin y al cabo los libros se tienen que vender. Durante la charla algunos clientes se suman y aportan su mirada. Horacio —antiguo militante del PC, mirada intensa, sonrisa desdentada—, que supo tener tres librerías de usados, reconoce que probablemente nunca le fue del todo bien porque le costaba desprenderse de algunos libros. Remarca una frase de Mariano, que acaba de decir que los libros pagan su lugar, no se pueden eternizar en un estante.

—Parece contradictorio pero es así —dice—. Los libros pagan su lugar cuando se van.

Casi nueve años atrás, cuando Ángeles y Marcelo decidieron poner una librería, arrancaron con la fusión de sus bibliotecas particulares y la compra de un lote de libros que, les pareció, bastaba para empezar. La librería se llamó El Lugar, y aunque el local de 9 de Julio 1389 no es muy grande, tras haber desparramado todos los libros todavía quedaban huecos que debieron disimular con plantas y adornos. Hoy tienen dos depósitos donde guardan el material que no pueden exhibir por falta de espacio.

Ángeles dice que el público se va formando según el perfil que proponga la librería. “Manejamos títulos que si los venden en otro lugar tal vez pasen desapercibidos, y viceversa”. Pero también, añade Marcelo, el público los ha ido moldeando a ellos, empujándolos hacia un perfil marcadamente hu-

manístico: filosofía, psicología, sociología, crítica literaria. Se nota en la disposición de libros. Es más habitual ver nombres como Barthes, Benjamin o Adorno que novelas pasatistas o esos típicos libros de saldo que se repiten en los tabloncitos de usados que se despliegan en cualquier feria.

—Tenemos un par de clientes que buscan primeras ediciones o libros raros, pero también muchos que buscan material muy específico: de investigación, poco frecuente, estudios concretos sobre una rama particular, cosas así.

La empuja hacia alguna anécdota y me habla de un libro sobre algún dialecto africano que no alcanza a recordar. Les había llegado, dice, de alguien que había sido investigadora de la Unesco y volvió al país con una biblioteca prodigiosa que se desmembró tras su muerte. El atípico libro fue adquirido por un estudiante holandés que hacía tiempo lo buscaba sin éxito y se lo llevó de regreso a Europa, desde donde había llegado en la bodega de un barco.

Idas y vueltas que a veces trazan los libros a través del océano.

El Pez Volador es sinónimo de usados. A fuerza de años y presencia, el nombre que se repite en cuatro locales del centro de la ciudad se instaló con fuerza en el mercado de librerías de viejo. Por las tardes, detrás del mostrador de la más antigua —San Lorenzo y San Martín—, se encuentra Cristian, el Tripa. Flaco y arrugado, con un gorrito de lana torcido, atiende al mismo tiempo el mostrador, las redes y llamadas de whatsapp por las consultas que recibe de compradores de Mercado Libre. Antes de que me presente pregunta cómo atender la llamada y después le grita al teléfono en altavoz. Pelea con la tecnología y va perdiendo.

—Cuando la gente busca un libro y no lo encuentra, le dicen andá a El Pez Volador —dice con orgullo—. Si no lo conseguís ahí, no lo conseguís en ningún lado.

En los estantes hay de todo. Desde revistas viejas, material escolar, best sellers y novelas románticas, hasta lujosas ediciones o libros difíciles de conseguir. Lo último se mueve más por internet que en el local. El comprador especializado llega más por ahí. El comprador del local, dice, es más bien comprador habitual de saldos. Como el viejo que nos interrumpe, en algún momento, para llevarse tres libros de Wilbur Smith. Le cuento a Tripa que mi abuelo también era un gran lector de Wilbur Smith. Viajaba mucho por trabajo y en su tiempo libre recorría librerías de usados para las solitarias noches de hotel. Se hizo fanático de esas novelas históricas



de aventuras y sus sagas de los Courtney o los Ballantyne. Yo me quedé con unos cuantos.

—Traelos —dice—. Este viejo compra todo lo que llega de Wilbur Smith. Hasta los que ya tiene.

A la librería más antigua de la ciudad nadie la llama por su nombre. Todos le dicen —le decimos— la Longo, que era el nombre de su fundador: un siciliano emprendedor que se bajó de un barco a los nueve años sin saber leer ni escribir y terminó poniendo una librería. Diez años atrás, los cien años de historia le valieron una placa en la pared pero ninguna ayuda estatal. La Longo, hoy, resiste como puede, atendida por Amalia —la Coqui— que a sus 87 años hace gala de una memoria estupenda, una vitalidad de asombro y un filoso sentido del humor.

El paso del tiempo se ve, se huele, se palpa. Tal vez demasiado. Hay una sección donde el piso de pinotea está salido y tapado con una lona; un pedazo de techo desprendido revela el interior del cielo raso; las hojas de algunos libros amenazan con deshacerse entre los dedos, las telarañas y el polvo cubren los estantes más altos de los centenarios muebles de roble. Hay, sin embargo, en el ambiente, una calidez y un halo de hechizo que puede más que todo: por un momento me siento como Bastian en la tienda de Karl Konread Koreander, a punto de ponerle las manos encima a *La historia interminable* por primera vez.

Pierdo, igual que hice en todas las librerías que visité en este recorrido, un largo rato revolviendo anaqueles y hojean-

do libros antes de presentarme, mientras la Coqui conversa con una amiga. Lo que precipita mi presentación es, tal vez, que la amiga —pronto sabré que se llama Marta— se despidió diciendo que se va “a leer la *Barullo*”.

—Me encontré el primer número en la reja de una ventana y me la llevé —dice Marta—; como me gustó fui a buscar el segundo a la feria.

Dice, también, que no le alcanzaba la plata pero alguien la escuchó contar cómo había llegado hasta ahí y le entregó la revista igual: pagó la diferencia con la anécdota y una foto. Le cuento que había leído eso en Facebook y le muestro la foto porque ella no tiene redes sociales. Se ve, posando con la revista, y ríe otra vez. Reímos los tres.

Recién entonces me siento a charlar con Coqui, con la prodigiosa memoria de Coqui —que entre tantas otras cosas habla de su padre y de Jorge Riestra, del viejo Ross, de Julio Vanzo y de Julio Marc— y yo me olvido que se supone que estoy trabajando y ya no anoto nada más. Nos interrumpen dos veces. Primero un hombre que dice que es la primera vez que entra —“es que abrimos hace poco”, dice Coqui, muy seria— y más tarde una vecina que se sorprende al ver que la librería sigue abierta casi una hora después del horario habitual de cierre.

Pido disculpas pero ella las desestima. Total vivo acá arriba, dice. Ni siquiera me deja ayudarla a bajar la persiana.

Muchas librerías quedan en el tintero: pretender abarcarlas todas es una utopía. Vuelvo con la noche que cae y un puñado de libros viejos en la mochila: una primera edición de *La conciencia del señor Zeno*, de Svevo; un *Orlando* de Virginia Woolf con traducción de Borges; *Pantaleón y las visitadoras*, de Vargas Llosa, también en primera edición; y un curioso librito titulado *Recursos afectivos en el habla de Rosario* que publicó la UNL en el 68 y que no sé bien por qué compré.

Pienso que los clientes también tenemos perfiles diferentes. Pero en el fondo algo nos une a todos, como si fuéramos parte de una misma hermandad, de una cofradía no tan secreta. Una especie de búsqueda del Santo Grial que nos lleva a peregrinar por los estantes y las bateas, con la convicción irrevocable de que siempre hay páginas que nos guardan respuestas o revelaciones que contribuyen a iluminar nuestro mundo.

Por eso seguimos buscando.

Por eso, acaso, hurgamos en libros viejos como quien busca una verdad, o una esperanza. ♣

Los espacios de la simulación compartida

Por Leonel Giacometto

A total contracorriente, y como es el arte más cercano a cualquier mortal (junto con la música), manoteamos espectadores y manejamos emociones que aún no se definen. Sabemos poco de tradición. A algunos no les interesa el teatro pero están; a otros no les importa. Tenemos motivos válidos para hacer esto, y tenemos de los otros, también. Invitamos gente hasta el hartazgo, y dudamos siempre de que vengan. Podemos hacer magia colectiva e individualmente; pero hay magia y magia. Provo- camos quejas nuestras y ajenas. Lo partidario nos usa cuando le conviene, pero usan técnicas teatrales para su luz pública. En Buenos Aires es otra cosa, dicen algunos. En Rosario qué onda, preguntan siempre en Buenos Aires. Nos vemos poco y mucho a la vez. Nos conocemos en el desconocimiento. Todos tenemos algo incómodo, y ninguno sabe qué sería si no fuera esto (aunque sea lo que es).

En el medio del teatro, están el cine y la televisión. La brutal y deslumbrante penetración del cine, la televisión, la tecnología



Espacio Bravo (Catamarca 3624).

PABLO ROBLEDA



Teatro de la Manzana (San Juan 1950).

audiovisual toda, se hizo eje (desde hace más de un siglo, y va por más) sobre la idealización, figura y sentido del actor y del teatro mismo. Así el actor es no sólo gestor artístico, sino medio social de compra y venta, y vara moral. Entre los prejuicios y los entrecruzamientos sobre lo chato de la actuación televisiva y la nobleza del teatro (con su techo en el cine), es el aparente y evidente a la vez recorrido inevitable que el actor debe emprender, no sólo para comer, sino para ser ese actor que tenía en la cabeza, muchos años atrás, a la hora de anotarse en ese taller de actuación, los miércoles a las 19, en ese teatro de la calle San Juan, donde las ofertas teatrales de aprendizaje son más baratas que en el de la calle Salta, donde hacen un teatro que por entonces le parecía raro, y con alguien que lo dictaba pero que no sabía su nombre.

Acostumbrados o alineados por una necesidad constante de nominar, enmarcar y definirlo todo, el teatro, cuyo gestor y motor no es el arte mismo sino el ser humano, fluctúa entre lo que es, lo que se sabe, lo que se inventa, lo que está, lo que se define y lo que no puede nombrarse. Entre el mercantilismo y los claustros universitarios, el teatro define sus territorios. Pero esto no es del todo cierto. El teatro se hace en el teatro, sabiendo que en cada núcleo urbano se forja su propio folclore, manías y tendencias. Complicado darle formas concretas a un circuito que, heterogéneo, siempre está en constante mutación. Con este mismo carácter, el espacio donde se hace el teatro, también, no respeta ni admite protocolos en cuanto a su existencia. Pero sí, admitiendo que ni el teatro ni

las salas donde sucede pueden medirse con los parámetros de los teatros comerciales (Broadway, Auditorio Fundación, El Círculo), u oficiales (La Comedia, Lavardén), es posible dar cuenta de que, si se las mira con atención, estas salas de teatro independiente (u off, o autogestivas), son espacios urbanos donde se crea, se muestra y se convive con algo que no sucede en ningún otro rincón público: sucede la ficción.

Dispersas para el mapa urbano oficial, entre el centro, el macrocentro, y la zona sur, las salas de teatro independiente (u off, o autogestivas) de Rosario son espacios físicos donde todos los goces, pasiones, odios, risas, llantos, emociones, conspiraciones, frustraciones, embarazos, amores, aprendizajes, aprensiones y fracasos suceden entre el teatro y el público y, entre lo fingido verdadero, donde el teatro es teatro y las personas, de ambos costados, dejan de ser quienes son y son otros. Así de simple. Poético escribirlo, intraducible vivirlo. Así de complejo.

Es en esta zona, la del teatro de los teatros independientes, donde habita la vida de los actores (y directores, y dramaturgos, vestuaristas, novios, novias, allegados, arribistas y sigue la lista hasta correrse hasta el lumpenaje, y subiendo hasta la función pública); entre los que recién arrancan y entre los que ya están volviendo, y aquellos que nunca fueron. El problema es actuar en esta zona como apenas un tránsito, un espacio que, con suerte, habilitaría hacia otros territorios,

más serios, menos humillantes.

Aunque no tan evidente como sucede por ejemplo, en Buenos Aires o Córdoba, en las salas de teatro de Rosario hay y circulan y se muestran distintos grupos, poéticas y formas de producción que, a veces, se comunican poco entre sí. Sea esto por decisiones estéticas, políticas o personales, no se puede sin embargo dar cabal crédito a que cada sala presenta sus propios rumbos teatrales. Se podría señalar dónde hay más teatro experimental y dónde más teatro clásico, pero más bien es una cuestión de ghettos y edades teatrales. Y, como no se puede tamizar todo, como si por momentos nos olvidásemos de que el público es público y que no forma parte de lo nuestro, de nuestro cerrado núcleo artístico, en muchas salas de la ciudad, sí hay un problema; que más que problema es un descuido, pequeños detalles de empatía sobre quien recibe y cobra entradas al ingresar.

En Rosario, a esta fecha, hay catorce salas independientes: Teatro La Grieta (Centeno 1738), La Morada Teatro (San Martín 771 PA), Cultural de Abajo (Entre Ríos 579), Teatro del Rayo (Salta 2991), Teatro Odiseo (San Lorenzo 1329), Teatro Caras y Caretas (Corrientes 1518), Teatro de la Manzana (San Juan 1950), Teatro La Escalera (9 de Julio 324), Teatro La Nave (San Lorenzo 1383), Espacio Bravo (Catamarca 3624), La Sonrisa de Beckett (Entre Ríos 1051), Centro de Estudios Teatrales (San Juan 842), Amigos del Arte (3 de Febrero 755) y Club Fosse- Teatro Concert (Falucho 270 bis).



PABLO ROBLEDA

En Mendoza 1173 funcionó Vivencias.

Pero, curiosamente, desde un afuera generalizado, y sabiendo que los prejuicios no mueren, sino que son suplantados unos por otros, hay un prejuicio que, con más de treinta años, está intacto en el imaginario urbano: las salas de teatro como espacios derruidos, incómodos, marginales, húmedos y precarios que, como haciendo espejo, impactan sobre las mismísimas producciones teatrales que allí se hacen. Este prejuicio no respeta edades y forma parte de una ignorancia que habla más de la falta de curiosidad y de un pasado donde, quizás, aunque siempre como espacios de resistencia, el creador y hacedor teatral (la palabra “teatrero” es un problema) “hacía lo que podía”. Desde 1998, la mayoría de las salas de teatro de todo el país son (en parte) subvencionadas por distintos programas que ofrece

y tiene el Instituto Nacional del Teatro (INT), así como también algunos teatros forman parte del Plan Nacional de Infraestructura para Teatros Independientes, mediante hipoteca para la compra de un inmueble para acondicionamiento como sala teatral. Siempre estamos flojos de público y, en la mayoría de los casos, dependemos de lo mismo que nos hace a nosotros hacer lo que hacemos: curiosidad. Al menos con ese sentimiento cualquiera puede acercarse y entrar a cualquiera de estas salas, donde los cuerpos humanos entran en juego, donde circula una especie de electricidad. Es como un viento que barre un campo de trigo, como lo que sucede con algunas personas: a su alrededor el aire está cargado de energía, como el tiempo de tormenta. Hay una aureola de poder, el poder de encender la pasión.●

Un poeta del silencio

El rosarino Santiago Minturn Zerva (1895-1964) fue un grabador excepcional, a quien sus pares más exigentes —como Cochet y Grela— valoraban a fondo y elogiaban sin retaceos

Por Rubén Echagüe

“Sus estampas son, pues, poemas grabados...”

Gustavo Cochet

No fue ni un tano apuesto, y con aires de petimetre como Augusto Schiavoni, ni un señorito nacido para las palmas académicas como Alfredo Guido, ni un patriarca iluminado —una suerte de Júpiter Tonante—, como su amigo Gustavo Cochet...

El “tío Jimmy” —así lo llama, desde el estrecho vínculo familiar, Arnoldo Gualino— fue más bien un taciturno oficinista huesudo y de lentes... con una frente desmesurada como la pampa, y sosteniendo entre los dedos un pucho eterno, vicio cándido pero tan arraigado, que hasta llegó a modificar el registro de su voz.

Y si uno se toma el trabajo de examinar con algún detenimiento el libro *Santiago Minturn Zerva. Obra xilográfica*, que la editorial de la Universidad Nacional de Rosario publicara en 1996 —una cuidada edición que todavía puede adquirirse, y a precio muy accesible, en la sede de la misma editorial—, si uno escudriña con esmero ese libro, digo, puede sacar algunas conclusiones por demás significativas...

Una de esas conclusiones, por ejemplo, es cómo se contraponen el escaso interés que en la crítica especializada despertó la inspiradísima obra gráfica de Minturn Zerva con la devoción que le tributaran —aún en vida— algunos reconocidos colegas y amigos...

Salvo los comentarios “protocríticos” de ciertos pioneros del rubro, como Emilio Ellena e

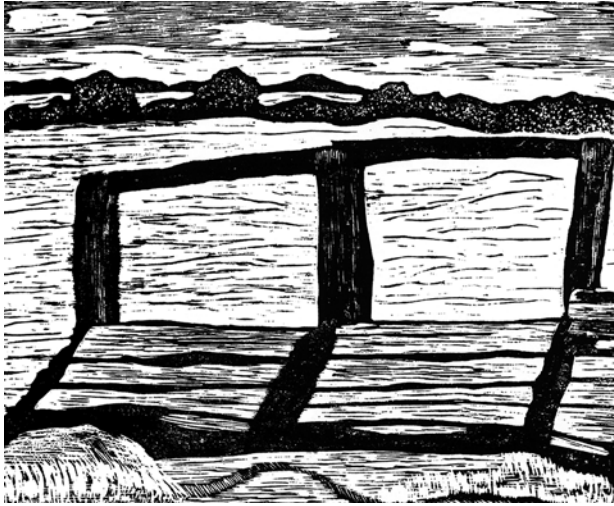


El balcón del Paraná, 1963.

Isidoro Slullitel, a los que se suma un brevísimo artículo recopilado por Rafael Sendra, lo que el libro recoge y exalta —con justa razón— son las fotos de Minturn en compañía de Schiavoni, Guido, Cochet o Abel Rodríguez, el juvenil retrato que César Caggiano le dedicara —se trata de una estupenda carbonilla— cuando Santiago contaba no más de veintitrés años, y el bajorrelieve en bronce del escultor Erminio Blotta que, como un homenaje póstumo, registra su ya envejecido perfil, en el cementerio La Piedad de Rosario.

Pero, ¿qué méritos habrá tenido este grabador singular —ide padre norteamericano y madre griega!—, nacido un 21 de noviembre de 1895 en las cercanías de la vieja estación Sunchales, para que Gustavo Cochet haya proclamado que sus estampas son “poemas grabados” y Juan Grela —el adusto, el insobornable Juan Grela— haya tenido que admitir: “Contemplo estos grabados y siento el espacio del silencio, a través de un poeta del silencio”?

¿Cuál habrá sido el secreto de este sencillo empleado de Obras



Paisaje de Guadalupe, 1940. Su primera xilografía.



Troncos, 1962.

Sanitarias —como Kafka lo fue de un Instituto de Seguros de Accidentes— para que otros grandes artistas coincidan en apuntar en su obra xilográfica una carga poética tan emotiva, y una tan sutil y enigmática “poesía del silencio”?

Tal vez en aquel tiempo también Rosario fuera una ciudad silenciosa, y sosegada, y amable, que no soñaba con ser Buenos Aires —por más que se esmere, Marsella nunca llegará a ser París—, y menos aún Barcelona, fundada por los cartagineses un siglo antes de que naciera Jesucristo...

Claro que a esa acomplejada falta de prosapia y hasta de padres conocidos, la compensaba la ciudad con la grata placidez de sus patios —la casa que Minturn habitaba en Brown 2437 incluía, además de las clásicas macetas con malvones y helechos, un fragante naranjo—, con la tranquilidad de sus calles —el barrio de Pichincha, que hoy es estruendoso como ayer fue prostibulario, todavía era habitable—, y con una fraternidad bonachona, tanto con el río como con el campo, que

parecían estar allí... muy cerca, al alcance de la mano, de la contemplación arrobada... y del silencio...

Enfrentado a esos espectáculos sin pretensiones: el patio con su parra, las calles desiertas, el galpón ferroviario, el arroyo, la chacra, el molino, o *El balcón del Paraná* —obra que enamorara al refinado coleccionista Emilio Ellena—, Minturn Zerva transmutará todas esas visiones en sabios contrapuntos formales entre lo blanco y lo negro, hasta componer melodías que cautivan con su sonoro y complejo entramado... silencioso, claro está.

Melodías minuciosamente tejidas y rigurosamente equilibradas, como lo son las de Johann Sebastian Bach, y que el artista prefería dibujar sobre el taco de palo blanco con el auxilio del buril, una herramienta más apta para grabar metales, pero que —según lo observa atinadamente Arnoldo Gualino—, le permitía efectuar incisiones muy leves, como si se tratara de grafismos trazados con la pluma.

Santiago Minturn Zerva también fue un pintor autodidacta, aunque

en este campo su producción no haya sido demasiado abundante, así como tampoco se permitió incursionar en los grandes formatos, (recuerdo sí, unas florcitas rojas pintadas al óleo, sobre cuya enternecedora frescura llegué a escribir algo alguna vez).

Pero como grabador —y xilógrafo—, no cabe duda de que ocupa un lugar de privilegio, no solo entre las figuras más relevantes de la ciudad y la región, sino de todo el país.

Y esta condición privilegiada se detecta ya en su *Paisaje de Guadalupe*, la primera xilografía que el artista grabó hacia el año 1940.

Allí un rancho ocupa el centro exacto de la composición, con un contraste de luces y sombras tan magistralmente logrado y de una expresividad tan poco frecuente, que es casi imposible verterla en palabras.

Rancho y vegetación dormitan por igual —¿será la dramática hora de la siesta, tal vez?—, en medio de un silencio apabullante... silencio saturado de la más genuina y conmovedora poesía... ●

LOS DOMINGOS DEL PROFESOR

Seducido y abandonado

Por **Alberto Giordano**

Con Leopoldo Brizuela nos conocimos en Santa Fe, en un congreso de literatura argentina al que los dos habíamos sido invitados, a mediados de 2006.

Llegué tarde a un almuerzo y tuve que sentarme a su lado. No lo hubiese elegido. Sabía que él recelaba de los académicos. Se interesó en saber qué investigaba y conversamos sobre diarios de escritores. Brizuela no había leído *La tentación del fracaso* pero admiraba a Julio Ramón Ribeyro como cuentista: “Es una especie de Chéjov latinoamericano”. Recuerdo que su mirada era intensa y que no paraba de mencionar diarios de escritores argentinos que yo desconocía. Los de Abelardo Arias, los de Enrique Wernicke, los de Mujica Láinez. Lo habrá entusiasmado ver que el “especialista” tomaba notas, que era capaz de reconocer su ignorancia y dejarse instruir por un autodidacta.

En las semanas siguientes me escribió varios mails. Extensos, generosos en comentarios y precisiones bibliográficas. De Abelardo Arias, un autor que él valoraba por distintas razones y del que yo no había leído nada, recomendaba los diarios de viaje a Europa y al interior de Argentina. Se habían editado hacía tiempo y eran difíciles de conseguir. Se ofreció a buscármelos en librerías de viejo. Los encontró enseguida. A cada mail suyo, yo respondía con uno de agradecimiento, sincero pero parco.

Me sentía cortejado y eso aumentaba mi timidez habitual.

Un día recibí un mail extraño. Ni la extensión ni el tono eran los de siempre. “Dejé los libros de Arias a tu nombre. Podés pasar a buscarlos por la librería cuando quieras”. Y punto. Le respondí enseguida, como si no hubiese notado la brusquedad, para agradecer y pedirle la localización de la librería (no me había aclarado si quedaba en La Plata o en Buenos Aires, mucho menos la dirección). Nunca contestó. Supuse que estaba ofendido, aunque no podía imaginar la razón. Releí nuestra correspondencia, buscando una pista, y la única que encontré, dando por sentada la susceptibilidad de mi interlocutor, fue que, al pasar, en uno de los mails yo había identificado a Arias como uno de esos autores a los que la historia de la literatura considera “menor”. El contexto no dejaba lugar a dudas de que se trataba de un elogio (Arias me parecía tan “menor” como Ribeyro), pero tal vez a Brizuela le había sonado mal, como un gesto de subestimación, algo muy típico entre académicos arrogantes. Le volví a escribir, esta vez un mensaje extenso, acusando recibo de su malestar, disculpándome ante la posibilidad de haberlo ofendido involuntariamente. Exposé mi teoría acerca de la potencia de las obras consideradas “menores”, cité el ensayo de Bianco sobre el valor de los autores que ocupan la

segunda fila en los estantes de la biblioteca. Repetí mi agradecimiento y el pedido de las coordenadas para poder encontrarme con los libros reservados a mi nombre. Nunca me contestó.

Nos reencontramos diez años después en Facebook. Entre noviembre de 2016 y abril de 2019, mantuvimos a través de Messenger una correspondencia divertida y afectuosa, de mucha complicidad. Compartíamos gustos y recelos. Nunca mencionamos lo que había ocurrido diez años antes, ni siquiera cuando volvimos a conversar sobre los diarios de viaje de Abelardo Arias (“*París-Roma* es un gran libro, ¿no? Lo digo sobre todo por las entrelíneas. Muy lanzado. Es un inconcebible manual de cultura gay en el año 52, con todas las pistas para que el lector entienda. / Y otro trabajo interesante sería comparar la experiencia París en Arias o M. E. Walsh —que fueron por la misma época y las mismas razones: «sacar amores del armario» (MEW)— con la experiencia de Cortázar, con los tilingos de *Rayuela*. Ya hablaremos”).

Sabía que estaba enfermo pero no imaginaba que pudiese morir, no por ahora. Durante años, para hacerme el interesante, conté entre amigos la anécdota del encuentro en Santa Fe y el posterior desplante epistolar. Hasta llegué a ponerle título: “La vez que fui seducido y abandonado por Leopoldo Brizuela”. ●



San Cristóbal Seguros
está rumbo a cumplir 80 años
y la Mutual del Personal lo celebra
con acciones solidarias
y una amplia programación cultural.

RUMBO 80 nos propone una agenda
de actividades durante todo 2019
para festejar este nuevo hito
conectando a las personas con la cultura,
haciendo comunidad.



**Espacio
Multicultural**
MUTUAL DEL PERSONAL
GRUPO **SAN CRISTÓBAL**

Lunes a Viernes de 9 a 19hs. Italia 646. Rosario.

A man in a plaid shirt has white and teal face paint on his face. He is looking upwards with his hands raised, watching several black spherical juggling balls in the air. The background is a blurred crowd of people at an outdoor event during sunset or sunrise.

MÁS CULTURA EN LA CIUDAD

Cargá tus actividades en rosario.gob.ar/cultura
para que sean parte de la agenda cultural de la ciudad

CULTURA PÚBLICA
PARA TODO PÚBLICO

Rosario =